

EN EL AÑO 1934
LAS MODAS DE
CASA BARRANOQUIERO

SEGUIRAN SIENDO
LAS PREFERIDAS
DEL PUBLICO
DISTINGUIDO

Permitidme, mis lectoras zaragozanas, bellas por serlo y porque yo lo pregono a son de clarines, que recuerde hoy a mis paisanas, las del bajo pueblo, que con una finura espiritual que conocen pocos van al Retiro a dejar flores al pie de la estatua del poeta de las "Doloras".

Permitidmelo y oid cómo son y cómo aman a su poeta mis paisanas.

No hay modista que sepa leer que no conozca los versos del vate astur y que, en momentos de exaltación, no los declame. Unas "perras", que a buen seguro son la sisa de la barrita de color o el sobre de polvos, en "papel" las gastan; en ese papel impreso que algunos bigardones pregonan a grito herido en las encrucijadas de Madrid, diciéndolo:

—¡El tren expreso!— "¡Quién supiera escribir!" "¡Cómo rezan los solteras!" ¡Diez céntimos...!

Y la moza compra el papel y busca la calle menos concurrida para devorarlo a sus anchas y gozarlo con delectación.

Poco importa que el estudiante atrevido o el vejete piropeador deshojen a su paso las más pecaminosas flores; ella sigue su caminar leyendo, con entusiasmo, los versos que el poeta compuso y que de amor hablan a su alma soñadora.

—¡Las humoradas y los cantares!— ¡Diez céntimos "na" más! "¡El anillo de boda!" —grita otro, en la esquina de una estrecha calle, y la mocita pinturera que cuando anda "hace" música compra lo pregonado.

—¡Dáme usted tío eso...!

—¡Ahí le va— asiste el vendedor—. También puedo darle, si le petá, el "¡Quién supiera escribir!"

—Lo tengo ya.

—¿Y los piropos madrileños?

—Me gustan más oídos que deletreados...!

—Y de "La desesperación de Espronceda", ¿qué?

—Eso, ¡"pa" Azaña...!

Y la modista sale calle arriba taconeando marchosa y repitiendo, como si saborease una pastilla de café con leche:

—¿Sufrir y nada más? No, señor cura, ¡que me voy a morir...!

Un guardia le dice aquello que puede decir un guardia estando de servicio.

Desde el "púlpito" de un gomas, grita achulado su conductor:

—¡Olé lo guapo! ¿"Qué usted" mecerse un ratito en mi manuela?

—¿Y si por un casual, al mecerme, me duermo?

—Pues servidor que la velaba.

—¿Y sólo "pa" velarme "quí usted" dormirme...?

Ríen los del punto; una vendedora de periódicos ríe también y, leyendo de nuevo los versos del poeta de las mujeres, sigue la bonita, que es morena, tiene unos ojos muy grandes y un pelo que, más que pelo, parece un casco hecho con brillantes plumas de ruiseñor.

—¡Qué bien está esto!—suspira.

De pronto, humedeciendo sus labios, dice emocionada:

—¡Pues, ¿y lo de ahora...? ¡Es super!

Y, a seguido, lee:

"Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros, cuenta os daré de la memoria mía..."

¡ESCRIBIDME UNA CARTA!

La trastienda del tupi es el salón de ensayos; en ella prepara la juventud de la barriada una función, que se "echará" el sábado, a beneficio de un compañero "imposibilitado y huérfano de ambas partes".

En la Compañía que el drama hará—siempre es drama—hay un cerrajero amante del teatro lírico, un tipógrafo que hace los galanes y dos o tres ebanistas, encuadernadores y torneros, que desempeñan los "barbas", los graciosos y aquellos otros papeles que no se designan ni por la edad ni por el indumento, y que lo mismo pueden hablar en llana prosa que en altisonante endecasílabo. Las mozas que en la función toman buena parte son modistas—este gremio da muchas actrices—y tal cual sombrerera. La primera dama es gorrera de oficio y vecina del héroe de Cascorro. Su voz es pastosa. Los versos salen de sus labios pausados, musicales, comprendidos.

—¡Bravo! ¡Muy requetebién!—vocean sus compañeros de representación.

Agradece la mocita el aplauso; pero cuando más se emociona, cuando de gozo estalla, es en el instante—precioso instante—en

que, apoyando las manos sobre un pringoso velador, habla con un muchacho que finge voz gangosa y que sentado está.

—¡Escribidme una carta, señor cura...!

Los humanos versos de Campoamor dicen, en su boca, de amores muy grandes y de esperanzas como "esos" amores...

—¡Haced la letra clara, señor cura; que lo entienda eso bien!

Al decir este verso hay en su mirada suavidades de beso callado y ansia loca de un placer inédito, pero presentido con alta fiebre.

La emoción pasa a los que escuchan.

Yo gocé la artística emoción y vi en el gesto y la mirada de la buena moza recelo, ansiedad, vergüenza de haber sido "vista" por el cura que, poco antes, dejó el taller y que, en comediante, no disculpa el amor juvenil, a pesar de que...

"... para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal."

Todos, al finalizar la "dolora", aplaudieron. Yo también aplaudí y hablé con la mujer barriobajera que, no obstante vivir en el barrio de los traperos, es fina de modos y dulce en la parla.

—Por lo que acabo de oírle, gusta usted de mi poeta...

—¡Ansioso, que también es mío...!—repliqué con fisga.

—Eso me dice que conoce sus poesías.

—Sobre la mesilla tengo siempre un tomo. Los otros los guardo muy guardaditos. Por tres veces los compré y por prestarlos voy a tener que ir a la "compra" la vez cuarta. ¡No hay muchacha que delectee un poco que no conozca a Campoamor...!

Satisfecho escuché a la representante, y a

una pregunta de no sé quién contestó diciéndome:

—No es exagerar, pero la escena de "¡Quién supiera escribir!" la tengo hecha un ciento de veces, y como gusta mucho hay quien me la pide, se la copio, y claro, se la aprende para a solas "notarse" una doña María Guerrero.

Cuando me retiraba torné a "pasarse" el verso.

La moza artista oía entonces, con arrobamiento emocionante, aquello de:

—¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de [amarguras.

¿Y contigo? Un edén..."

COMO REZAN LAS SOLTERAS

Y... LAS CASADAS : : : :

No siempre el buen gusto es patrimonio de los altos, que el cronista conoció a un aristócrata que, en vez de ofrecer sus puros con sortija donde campeara el título de sus esforzados antecesores, daba los cigarros con el hierro de su pitada y fogueada ganadería...

Pili no nació en cuna de oro y, sin embargo, es toda sensibilidad, donosura y gentileza. En un pueblo agreste de la costa cántabra la encontré hace unos años. Mi amiga es madrileña, como la que dió "aquella" lección al cocherito pinturero. Ha nacido en la calle de la Colegiata; tiene un padre que "hace" de maestro de obras y un novio que va para sobrestante de Obras Públicas, y por culpa mía—pues hace versos—está envenenado por la tinta de imprenta.

—¿Me ha traído algún libro?

A saludo tan inesperado contesté sonriente:

—Natural que sí—y, a seguido, enumeré varios títulos que no le gustaron, pero cuando le llegó el turno a las "Doloras y cantares", de Campoamor, cortó mi decir.

—¡Qué alegría! ¿Me los dejará? Yo también los tengo. ¡Claro es! Pero mi madre se olvidó de meterlos en la maleta.

Le dejé el libro, un bello libro, con un retrato preciso de su autor.

Desde aquel día la encontré muchas veces sentada a la sombra de un alto pino cercano a la playa, y otras veces—leyendo ensimismada—por la vereda que trepa el faro.

Una mañana que, para que me viera, tuve que pararla plantado en su caminito, confeséme que de todo lo de Campoamor lo que más le gustaba era "aquello" de:

"El cura del Pinar de la Horadada, como todo lo da, no tiene nada..."

Y los versos que puso el poeta en "Los grandes problemas" fueron saliendo limpios y claros de su bonita boca. Al terminar, no olvidando sus "antecedentes", suspiró y susurró:

—¡Esto es canela de la fina! ¡Gloria de la pura! ¡Esencia de lo bueno!

Su entusiasmo pasóse a mi alma, y con ella, frente al mar borrascoso, cantamos al rimador asturiano que no pueden comprender muchos porque hacen la tasa de su valer con la cabeza metida en la retórica y no con lo que hay que hacer la poesía: con el corazón.

Los días corrieron. Llegaban los celajes brumosos y la lluvia comenzó a tamborilear en las anchas hojas de las recias cagigas.

—Me voy—dije—. ¿Y ustedes?

—Aún no. Aguardaremos a la romería de la Virgen que en Madrid llamamos la "melonera".

Hice mis maletas, no sin antes aceptar la invitación de la boda de mi "envenenado" con la bonita hija del hombre enlace entre los que pagan las casas y los que las construyen.

Y, en el tren, abrí el tomito que a Pili presté y acababa de devolverme impecable, pero...

—¡Ah, pícara!

La admiradora del poeta me había "robado" su retrato.

Ello me emocionó. Ahora que las más catalogan fotos de "cineastas" bonitos, el que una bonita se guardase la fotografía de un viejo, sólo porque ese viejo era un poeta, significaba algo fuera de la costumbre.

La boda fué rumbosa. Todo el barrio vió y admiró cómo diez grandes ómnibus ahitos de niñas guapas rodaron camino del Vivero. El contratista de obras sabía hacer las cosas "a modo".

Para opinar sobre cierta instalación casera fué consultado por el feliz marido y la guapa esposa. Vi—claro es—todo el nuevo hogar. El buen gusto lo instaló. Nada de chabacanería de bazar barato. A la novia di mi enhorabuena y al novio un montón de buenos libros.

—¿Le gusta el nidito?

—¡Extraordinariamente!

—Pues ella, nadie más que ella, lo ha hecho—dijéronme el padre y la mamá—. ¡"Tié" mucho señorío mi "peque", y eso que no "tié" por donde le venga, pero lo tiene y lo tiene, na más...!

El comedor, sencillo y claro. El despacho, de escritor, no de curial, pues no recordaba lo pesadamente caduco, negro de ordinario y mazacote las más de las veces.

En la alcoba, la madre sonrió pícara:

—¡Vea usted los chavales de ahora y qué primos "que" son...!

Dos lechos hermanos, de madera clara, muy bajitos, decían de refinamiento y, por cierto, detalles de originalidad.

Sobre la camita, que supuse de él, una buena reproducción del "Jardín del Amor", de Rubéns. Sobre la de la novia...

—¡Oh, mujer adorable...!

... sobre la de la novia, y por cima de una pila de agua bendita—dentro de un marco de luciente plata—sonreía bondadoso el poeta de las "Doloras".

El retrato era "aquél" que me robó.

La miré muy serio.

Ella, pidiendo defensa, miraba el retrato...

ENVIO.—Para el exquisito artista del bien decir, mi amigo José María Salvador.

FERNANDO MORA



Aumente su tranquilidad teniendo muebles

M O L I N E R

Existe y siempre existirá una gran cantidad de vendedores de muebles; pero el acierto al comprar constituye la tranquilidad o pesar para siempre.

Compre sus muebles en los

ALMACENES MOLINER

pues la experiencia de más de 45 años que llevamos establecidos en el mismo sitio nos clasifica como los conocedores más expertos de Aragón en esta clase de negocio.

O B S E R V E

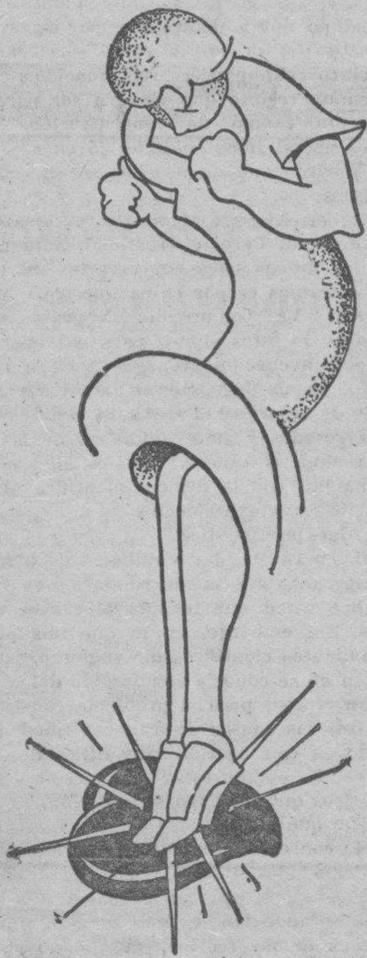
que nuestros muebles tienen sello especial, corrección en todos sus detalles, estilos propios y precios baratísimos.

Vendemos muebles de lujo y económicos.

ESPOZ Y MINA, 31 (frente a la iglesia) -:- TELEF. 13-94

Z A R A G O Z A

Estoy verdaderamente fuera de mí; han pasado unas horas y todavía no me he re- puesto de mi sorpresa ni salido de mi asom- bro. ¡Señor, señor! Pero, ¿qué vamos a ha- cer estos trescientos sesenta y cinco días que nos aguardan, sin año 1934?



Reflexionemos, reflexionemos. Y vayamos por partes.

Les voy a relatar lo sucedido: Ayer, 31 de diciembre de 1933, recibí la siguiente carta:

"Sr...

Muy señor mío: Indudablemente extrañará usted recibir carta mía, cuando no ha mediado persona que nos presente, ni puedo acompañar referencia alguna; pero comprenderá Vd. fácilmente, al saber quién soy, que no tenga amistades en el mundo. Escribo a usted el señor 1934, que duró trescientos sesenta y cinco días ha de pasear por la Tierra en calidad de vehículo de alegrías, sobresaltos y complacencias.

Me dice Cronos que el mundo ha de ofrecerme interesantes aspectos, pero yo, invadido de ansias renovadoras y receloso de las palabras del viejo (como llaman "aquí" al incubador de nuestros doce meses de existencia), quiero estudiar la Tierra, antes de que me deje paso oficial mi compañero 1933, que me dé breves horas entre los mortales, de riguroso incógnito, tal y como hacen los príncipes indios y los saltadores de casas comerciales.

Igual me daba "caer" en un lugar de la Tierra que en otro y hacerme acompañar por una u otra persona; he elegido esa ciudad y me he dirigido a Vd., merced a una combinación de juego, y termino anunciándole mi visita para esta misma tarde, rogándole me espere dispuesto a acompañarme en un paseo que creo ha de resultar interesante.

Aprovecho gustoso esta ocasión para ofrecerme de usted atento s. s., q. e. s. m., 1934."

He aquí la carta, que leí una y otra vez, hasta darme cuenta de que 1934 iba a presentarse de un momento a otro.

Y, sin saber cómo, he aquí que 1934 está sentado frente a mí, departiendo cariñosamente conmigo y fumándose mis cigarrillos.

1934 es joven y elegante. Viste con pulcritud y a la última moda—moda 1934, calculen ustedes—y se expresa jovialmente, poniendo en sus palabras el mayor optimismo.

Rápidamente me entera de sus propósitos, trasucidos en la carta que ustedes conocen. 1934, en las breves horas que faltan para hacer su aparición oficial, quiere saber con quiénes ha de entenderse durante sus cincuenta y dos semanas de vida; conocer el criterio de los hombres en los distintos as-

pectos materiales y espirituales que constituyen la existencia.

1934 tiene un fino instinto que le permitirá formarse un concepto claro y preciso de lo que son los hombres tan sólo con estudiar a uno. Así me lo asegura al proponerme que haga su presentación, no descubriendo su verdadera personalidad, naturalmente, a una familia cualquiera con la que me una buena amistad.

—Precisamente—le he dicho—esta noche estoy invitado a cenar con unos amigos que van a celebrar la entrada del nuevo año—su entrada, claro—comiendo los doce granos de uva.

1934 me mira asombrado, y me dice:

—¿Qué es eso de los doce granos de uva?

—Sí, señor; el que come doce granos de uva al dar las doce de esta noche "entra en usted" con buen pie y nada puede salirle mal.

—Pero, ¿es posible semejante idiotez?—dice 1934, completamente descompuesto—. ¿Rodeado de gentes así he de vivir doce meses? Empiezo a sospechar que no vamos a entendernos y que voy a darles un mes de enero como para que muera de pulmonía medio mundo. ¡Los voy a tener treinta y un días a bajo cero!

Apreciando la imposibilidad de que 1934 pueda regalarme con una temperatura exclusiva, le he hecho ver cuán ajeno soy a las estupideces de las gentes que me rodean. Porque yo no acostumbro a comer los doce granos de uva.

—Únicamente este año—le digo—, por estar invitado...

—No siga usted—me ataja—; su obligación de hombre sensato es hacer tragar a esos amigos suyos doce tiros de pistola. Además que usted es doblemente estúpido que ellos, por creerse un ser superior, limpio de toda tontería.

Este primer encuentro con 1934 me hizo presentir que no íbamos a ser buenos amigos. Así y todo me propuse pasar por alto toda suerte de impertinencias, temeroso de ganarme un enemigo mortal y, con él, trescientos sesenta y cinco días de angustiosa existencia.

—Pero bueno, a lo que estamos—dice 1934—: háblame de esa familia a la que voy a ser presentado.

...

Don Salvador González y González, antiguo amigo de mi familia, jugó a la lotería de la política con tal fortuna que recientemente se vio favorecido con la codiciada acta de diputado.

Digo que jugó a la lotería de la política porque don Salvador, en el breve espacio de cuatro años, estuvo enrolado a catorce partidos distintos, hasta conseguir que un día le correspondiese ser Poder a aquel en que precisamente "cotizaba" en el momento del triunfo.

Por la amistad que me une a don Salvador quiero apercibir claramente a mis lectores, como lo hice a 1934, de la honradez política de mi amigo. Tuvo suerte, es cierto, pero no lo es menos que se expuso a ser navegante solitario en el mar proceloso de la política; no como tantos otros que esperan cautamente a que el caudillo Fulano tenga la sartén del mango, para agarrarse a los faldones de la chaqueta del reciente jefe y escalar con él las altas esferas.

No; don Salvador no procedió así; es muy distinto que, considerando que su capacidad intelectual no podía permanecer en el ostracismo en perjuicio de la Patria, se convirtiera en peregrino sin descanso, hoy en la derecha, mañana en la izquierda, doliéndose de la traición que hacía a sus propios sentimien-



tos, pero siempre, por encima de todo, sacrificándose por el bien de sus semejantes.

¡Qué gran don Salvador! ¡Y qué injusta la humanidad el día aquel en que aplaudió con regocijo la información publicada en un libelo repugnante, que trataba de demostrar con números—como si en la política sirvieran los números para algo—que con los recibos satisfechos por el diputado señor González y González, en los distintos Círculos políticos a que había pertenecido, se podía decorar El Escorial en treinta y cinco colores distintos!

Este era don Salvador, el amigo bueno que descendía de su grandeza invitándome a compartir su mesa en la noche final de año.

Cuando nos dirigíamos a su domicilio no pude ocultar a 1934 mi admiración hacia don Salvador González y mi amor apasionado por su hija Dorita.

Dorita es una chiquilla deliciosa y de una claridad de juicio nada común en las mujeres.

No hay otra como ella para pronunciar los nombres de los artistas del cine extranjero, ni que conozca como ella las intimidades de las "estrellas". Dudo también que ninguna pueda aventajarle en la preparación de un "cock-tail" ni en su pericia "skiendo".

Dorita es única: El mismo día que se concedió el voto a la mujer apercibió la responsabilidad femenina en la vida pública y haciendo de lado a sus pasadas aficiones se ensimismó en el estudio de Marx, de las Constituciones del mundo, de Smiles, de Marañón, del doctor Juarros...

Recientemente Dorita se hizo comunista, porque, según dice, se lleva mucho entre las muchachas. Pero no crean ustedes que Dorita es una comunista de esas teóricas que tanto abundan. Vean: no hace ni diez días que la encantadora criatura me decía que no creía en el amor, a tiempo que intentaba soltarme un tiro por haberle confesado que no me gustaba Maurice Chevalier.

Como la distancia a casa de mis amigos es considerable, tras esta confesión sentimental todavía me quedó tiempo para hablar a 1934 de Filomena, la hermana mayor de Dorita, que a sus treinta y dos años ha sabido desprenderse de todo lastre romántico y constituirse en destacada propagandista feminista integral.

Filomena confía en que un día la mujer alcance su máxima independencia e instaure los principios básicos de una nueva sociedad en la que el hombre quede relegado a segundo término, constituyendo una cosa accesoría, desvalorizada totalmente, una vez reconocida su insuficiencia material y moral en todos los órdenes de la vida.

Hablé también a 1934 de Cándido, el primogénito de la familia, poeta en embrión e infatigable lector de los clásicos, y de doña Segunda, esposa de don Salvador, dama honorable, autora de primorosas labores en lana, ejemplo de moralidad y buenas costumbres, educadora de sus hijos Cándido, Filomena y Dorita, amante esposa y madre ejemplar, aunque gorda.

Y al terminar mi relación, 1934 me sujetó de un brazo bruscamente, y me dijo:

—Supongo que esta familia tendrá una sirvienta tan ignorante como incapaz en el manejo de la vajilla y un gato fiel cumplidor de su deber de cazar ratas, y no estoy dispuesto a escuchar más retratos como los que me lleva Vd. hechos. Hasta ahora ha hablado usted—siguió—, pero ahora me ha llegado la vez. Así, pues, le ruego me acompañe a ese café próximo, antes de ir a casa de sus amigos, y atienda a cuanto he de decirle.

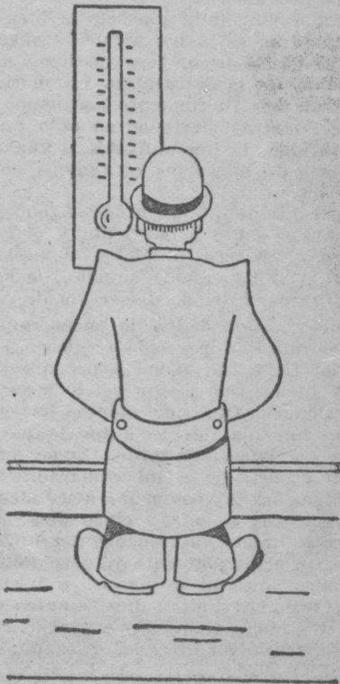
No supe qué contestar. Seguí a 1934 y pronto nos vimos instalados frente a dos aromáticas tazas de caracolillo, con una mesa de por medio y dos sillas como base de sustentación.

—Ahora hablo yo—comenzó diciendo 1934.

Y añadió así: —Usted, joven, es una de estas dos cosas: o un ingenuo o un idiota, mucho más lamen-

table lo primero que lo segundo, desde luego. Me ha hablado usted de una familia con puesta del matrimonio, tres hijos, una sirvienta y un gato, poniendo en sus palabras la expresión de sinceridad suficiente para que me haga cargo de las prendas personales de sus amigos.

Y por lo oído—continuó 1934—puedo decir a usted, luego de bien meditado, que cada vez estoy más satisfecho del paso que he dado y que me hallo firmemente decidido a abandonar el mundo sin siquiera hacer mi presentación oficial a la hora de ese engullir de uvas de que antes he sabido.



Si Vd. supiera, joven, que la política es la ciencia de engañar a los tontos, prometiéndoles cosas que no han de cumplirse nunca, no sentiría usted tanta devoción por ese don Salvador González y González, genio fecundo a sus ojos y espíritu mediocre a los míos. A más, el tal don Salvador se cree el punto de apoyo que Arquímedes solicitaba para levantar un mundo. Don Salvador triunfará, ¡naturalmente! Posee todos los defectos y ninguna de las virtudes, cualidades imprescindibles, para llegar a ser siquiera director general, y no me extrañará que cualquier día pase su oronda obesidad seguido de una muchedumbre vestida con camisa-uniforme, aun cuando arrastrando los pies sin zapatos por un pavimento salpicado de baches.

1934 hizo una breve pausa, y continuó:

—En cuanto a doña Segunda, nada tengo que decir. Una mujer que consume su existencia tejendo kilómetros de lana para obtener toquillas y chalecos de caballero, puede muy bien ser considerada como la estupidez elevada al cubo... y dejarla caer con la habilidad suficiente para que se parta la cabeza."

Comprendí que 1934 había querido hacer una frase ingeniosa y no traté de objetarle.

—Mi interlocutor continuó hablando:

—No quiero hablar a usted de Filomena extendiéndome en consideraciones, pero tengo la seguridad de que si un día viese su nariz milagrosamente rectificada de modo que no constituyese un para-choques del amor (y quien habla de la nariz puede referirse a la proporcionalidad en sus líneas anatómicas o a la dirección de la niña de uno de sus ojos con relación a la del otro), insensiblemente trocaría sus ideas para acabar constituyéndose en una ama de familia de una de estas dos especies: de las que toman la cuenta a la cocinera, o de las que le piden cuentas al marido sin permitir a nadie intervenir en las suyas.

1934 consultó el reloj antes de continuar: —Tengo tiempo todavía—dijo. Y siguió de esta manera:

En cuanto a Cándido, poeta y devoto de los clásicos, lo considero el perfecto cretino, capaz de rimar "amor" con "dolor" e "ilusión" con corazón; o de decir, si es un poeta de avanzada, que el tren corría entonando su eterna canción: chaca, chaca; chaca, chaca, repetido hasta lo infinito.

Es posible que haya leído a los clásicos, cosa que han hecho muy pocos; pero tengo la seguridad de que si les ha leído, no los ha sabido comprender, cosa que les ha ocurrido absolutamente a todos.

Hizo una pausa 1934 y tras darme unas

cariñosas palmaditas en mi mano que descansaba sobre el cristal de la mesa, añadió con suave acento:

—No quiero hablarle de Dorita, a la que supongo encantadora, pues lastimaría sus sentimientos de hombre enamorado; pero sí he de prevenirle de la existencia que le reserva el destino, si no se aparta radicalmente de esa mujer.

El amor, mi joven amigo, es la estupidez mantenida entre dos personas. Usted mismo, para asegurarse del alza de la libra, consultará una vez al día la pizarra de cambios; sin embargo, Vd. y Dorita, convencidos de su recíproco cariño, no podrán dejar de preguntarse mutuamente cada quince minutos hasta dónde alcanza la firmeza de su amor.

Hasta ahora, Dorita se ha conformado con intentar pegarle un tiro por dudar del arte de una "estrella" del cine; pero, ¡desgraciado de usted el día que se case! Ese día tendrá que asegurar firmemente ante su esposa que es el más rendido admirador de Chevalier y, lo que es peor, acabará por gustarle de verdad y por no perderse ninguna de sus películas.

Créame Vd., amigo; asocie la idea de una puesta de Sol a la necesidad de encender el alumbrado eléctrico, pero no haga de aquel fenómeno de la Naturaleza un motivo para estrechar más fuertemente las manos de una mujer mientras vierte en su oído una regular cantidad de ingenuidades y una respetable dosis de microbios contenidos en su cavidad bucal.

Y permítame que termine pasando por alto mi opinión sobre la sirvienta y el gato, los dos más eficaces animales domésticos de atracción y dispersión; aquella, de atracción de militares; éste, de dispersión de ratones."

Vencido, anonadado, sin encontrar razones con las que dar merecida réplica a las palabras de 1934, me atreví a preguntarle:

—Y bien, ¿qué piensa usted hacer?

—¿Cómo! ¿Que qué pienso hacer? Marcharme inmediatamente, antes de que den las doce y sea demasiado tarde. ¡No seré yo quien venga a sustituir a mi camarada 1933 en la obligación de acompañar a ustedes durante trescientos sesenta y cinco días!

Y consultando nuevamente el reloj, 1934 se levantó precipitadamente y, despidiéndose de mí con un apretón de manos, se disculpó:

—¡Caramba! Faltan diez minutos para las doce. No tengo tiempo que perder.

Desapareció en la calle, gritando:

—¡Eh! ¡Taxi, taxi! ¡Al infinito, aprieta! Yo quedé en el café abonando el gasto que mi amigo, en su precipitación, olvidó pagar.

¡Señor, señor! Pero, ¿qué vamos a hacer estos trescientos sesenta y cinco días que nos aguardan, sin año 1934?

JESUS MILLAN

RELOJ DE LOS AÑOS

Las fiestas mundanas del año 33

Este año, como los dos anteriores, se ha caracterizado por el retraimiento de la distinguida sociedad zaragozana por las fiestas de salón. Causas: las inquietudes políticas y sociales y la crisis económica, que se deja sentir en todas las esferas.

No obstante, como excepción, se han celebrado fiestas animadísimas y de gratísimo recuerdo.

Merece ser nombrada en primer término, no sólo por ser la primera en el orden cronológico, sino por su solemnidad, brillantez y animación, la que se celebró en el Salón de Fiestas del Frontón Aragonés a beneficio de la Obra de Homenaje a la Vejez, y organizada por su Patronato Femenino. Su presidenta, doña Leonor Sala de Urzáiz, que se distinguió siempre por su labor al frente de todo lo que significa beneficencia y protección al desvalido, realizó una labor verdaderamente excepcional para organizar la llamada Fiesta Española.

Resultado de estos trabajos fueron dos magníficas tómbolas de muñecas en número de unas quinientas, enviadas por los Ayuntamientos de diferentes provincias y particulares, y el desfile de cincuenta distinguidas señoritas ataviadas, con toda propiedad y elegancia, con los trajes típicos de las regiones españolas.

Esta fiesta benéfica, que se celebró el 6 de febrero, tuvo una prolongación a los dos días en el Gran Hotel, celebrándose una nueva tómbola con las muñecas que quedaron sin sortear.

El Casino de Zaragoza, de empaque señorial, que hace algunos años se distinguió por la esplendidez de sus fiestas aristocráticas, se reanimó este año e hizo que fueran aquellas recordadas con dos cenas de gala, celebradas en los severos salones del piso principal. La belleza y elegancia de las damas, ataviadas con primorosos modelos de noche y luciendo admirables preseas, se aunaban a la

exquisitez de todos los detalles que constituyen las notas de distinción de las fiestas más selectas.

La Asociación de la Prensa obtuvo un éxito rotundo con su tradicional verbena celebrada en el Iris Park. El número de personas que concurrió tarde y noche a la verbena superó al de años anteriores, tanto por la esplendidez del día como por los atractivos de que se había rodeado aquélla. Llamaron poderosamente la atención la barraca valenciana y las casetas andaluza y aragonesa, en las que, luciendo los trajes típicos de esas regiones, había bellísimas señoritas despachando, respectivamente, horchata, manzanilla y vino de la tierra. La cena a la americana, que en esa misma verbena se celebró en el Palacio de Cristal, resultó animadísima, contribuyendo a darle realce la presencia de las principales familias zaragozanas. En el magnífico Parque se vieron desde las seis de la tarde a las tres de la madrugada centenares de caras guapas y vistosos mantones de Manila.

También celebró la Asociación de la Prensa una fiesta llamada de las regiones, o cena de gala, en el Gran Hotel. Esta fiesta, que tuvo lugar el día 15 de octubre, tercer día de las fiestas del Pilar, revistió gran brillantez, lo mismo que el te-danzant que con igual fin benéfico se celebró el 8 de diciembre, festividad de la Purísima.

La Cruz Roja celebró, como en años anteriores, a beneficio de su Dispensario y Hospital, un té mensual en el Gran Hotel, más algún otro extraordinario y un baile de trajes en Carnaval, tan vistoso como animado por la originalidad y buen gusto de los disfraces y por el gran número de personas que concurrió.

El Centro Mercantil celebró la inauguración de su monumental salón de fiestas y toda la serie de sus tradicionales bailes-asaltos, dedicados a sus socios y familiares. Y en el comedor Pompeyano las obligadas cenas de Carnaval, dedicadas a las autoridades, entidades y Prensa, más una cena de gala en las festividades del Pilar.

Haría larguísima esta reseña la enumeración de las distintas veladas y festivales que tuvieron lugar en todos los Casinos de Zaragoza; por ello nos limitaremos a mencionar, por su carácter extraordinario, los bailes celebrados en el Casino Español, con sendos concursos de belleza y de peinados, en uno de los cuales fué presidenta del Jurado la bellísima y notable "vedette" Nieves Allaga.

En resumen: el año 33 tuvo algunas, pocas, fiestas sensacionales; pero, en conjunto predominó la vulgaridad. Pocas fiestas selectas y, en la generalidad de ellas, retraimiento de público, poca animación, frialdad.

C.

de estudio y los simios sobre los que experimenta.

Al penetrar en los dominios del doctor, por un sendero entre jaulas donde viven los monos operados e inoculados, pensé irresistiblemente en "La isla del Doctor Moreaux", de Wells.

Sergio Voronoff—buen tipo ruso, de alta talla—vino a mi encuentro. Desde sus jaulas los simios me observaban amablemente. Nos detuvimos delante de una jaula nueva, la más grande de todas, cuya techumbre era bastante alta para permitir a los animales saltar libremente, y que tiene dentro hasta unas rocas imitadas y troncos con aspecto de árboles.

—Así no notan demasiado su cautividad—me dijo el doctor Voronoff—. Tenemos veinticinco chimpancés recién nacidos, cosa rara en un recinto que viene a ser para los simios un campo de concentración. Pero siempre necesitamos animales jóvenes.

—¿Morirán muchos de ellos en este clima?—pregunto yo.

—No; el clima de Menton es excelente, ya lo sabe usted. Pero, en realidad, aquí no se crían los monos para conservarlos. Si están todos enfermos es por culpa nuestra.

—¡Ah! Ya comprendo. Necesita usted glándulas de estos simios para sus operaciones de rejuvenecimiento...

—No, en absoluto. Sirven también para el estudio de enfermedades. Ahora hemos inoculado a sesenta y siete animales, de los que se ven aquí, el cáncer. Pero es algo pronto para hablar, con la firmeza científica que yo deseo, de estas experiencias.

—¿Algo pronto, dice?

—Sí, ¿para qué dar a millares de hombres una esperanza que pueda confíarles en vano?

—Dice usted que inocula el cáncer a los monos. Sin embargo, en lo que mis pobres conocimientos científicos me sugieren, yo creo que aún no se conocía el microbio del cáncer.

—En efecto; pero el problema consiste en encontrar las causas de esta enfermedad. He logrado en este sentido muy útiles descubrimientos; he podido establecer ciertos estados fisiológicos que facilitan la infección.

—¿De qué modo?

—He conseguido comprobar en algunos simios inoculados diversos casos de desarrollo del cáncer. Pero esto no me basta. Mis chimpancés se inoculan de una manera que podríamos llamar teórica, ya que no conocemos con exactitud su reacción. El cáncer se desarrolla muy lentamente.

A los que sabemos de Voronoff por sus ensayos de prolongación de la vida, que tuvieron al mundo en ansiosa curiosidad, todos los demás estudios del gran médico nos parecen secundarios.

Por eso le digo, sin parar tal vez la debida atención en sus explicaciones mencionadas:

—¿Ha abandonado ya sus célebres experiencias de rejuvenecimiento?

El hombre a quien un día la Humanidad estuvo a punto de creer en posesión, al fin, del "magno secreto", del "elixir vitae" que buscaron infatigablemente los árabes, me contesta con absoluta convicción:

—Este asunto ya no necesita nuevos experimentos. Ya podemos precisar la causa de algunos de nuestros fracasos, que tanto defraudaron al público y que para tantos impresionables sirvieron de partida en el camino de la negación sistemática de toda la obra hecha. Desde el punto de vista de la sangre, los hombres pertenecen a dos grupos distintos. En los casos de transfusiones de sangre es necesario que aquel que se presta a la operación y el enfermo pertenezcan al mismo grupo. Lo mismo sucede para la transfusión de las glándulas. Las operaciones tienen éxito cuando los simios y las personas operadas pertenecen al mismo grupo.

—¿Entonces?

—He ahí la gran dificultad: procurarnos monos de todos los grupos.

Hasta anoche permanecí en la finca del doctor Voronoff, vigilado siempre por los ojos de aquellos pobres animales "alevosamente" trasladados en pleno vigor y juventud desde el campo libre a esta cárcel experimental. Por la sangre de casi todos discurre ya el torrente de bacterias que les traerán las lacras más horribles.

¿Me fuí muy convencido del razonamiento de los dos grupos sanguíneos y la posibilidad de poder, con las glándulas de los simios, vencer a la vida?

No sé; yo no soy joven y tengo derecho a ilusionarme con alguna esperanza.

AUGUSTO RUILAGER

Menton, 1933.

PANTALLA DEL MUNDO

Con el casi olvidado doctor Voronoff

Hallábame al pie de la gramola oyendo la caricia de unos discos netamente españoles: unas ejecuciones de los guitarristas Segovia y Sorrosal. Cuando unos momentos culminantes de Sorrosal habían acabado de sacarme de aquí y de llevarme a mi tierra, tan cercana, recibí una tarjeta de alguien a quien expuse mis deseos vehementes de visitar; un per-

sonaje a quien casi había olvidado y que precisamente en la hora en que los hombres inventan muchas maneras de matarse entre sí, sigue en su tenacidad de conservar la vida de sus semejantes y de prolongarla: el doctor Voronoff.

En la tarjeta aceptaba complacientemente mi visita a la estancia donde tiene su campo

ALONSO

Eleciricidad - Alumbrado moderno. - Electricidad médica. - Radio y comprobación técnica de aparatos.-Instalaciones completas en las mejores condiciones. - Aparatos eléctricos de todas clases

Pidan presupuestos

Conde Aranda, 33. - Tel. 57-17

HEROES ANONIMOS El Balcón del Encinar y su tragedia

LOS LEONES DEL TERCIO

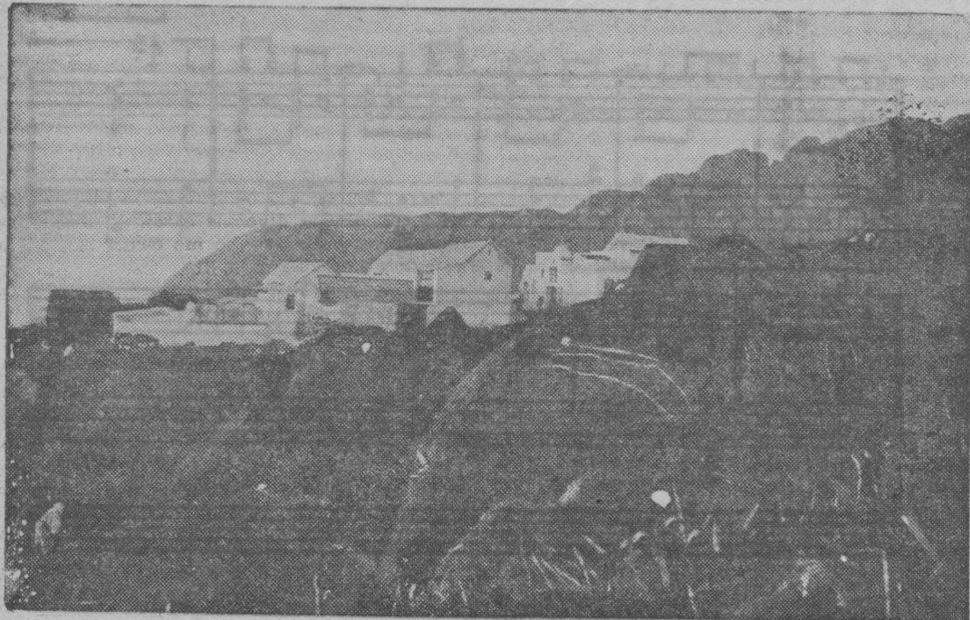
—¡Arriba, muchachos! ¡Por España y por el Tercio! ¡Hay que tomar la posición! ¡Legionarios, a vencer o a morir!

Una mañana de septiembre del 25, el teniente don Eduardo Tapia arengaba con esas palabras a una sección de legionarios de la 19.ª compañía que, en unión del resto de la quinta bandera, al mando del capitán Santacruz, habían recibido una honrosa pero peligrósísima orden.

Era preciso, sin perder minuto, porque en cada uno se aumentaba el peligro, romper el cerco puesto por los rebeldes moros a Kudia Tahar y sus posiciones accesorias; sobre todo, a la Avanzadilla, la Nator principal, la Nator tres y la Tienda fortificada, cuyo sitio severo e intenso se prolongaba desde el día 3 de aquel septiembre.

LOS HEROES DEL INFANTE

Era urgente acudir en apoyo de aquellos valientes que, ante un enemigo veinte veces más numeroso, bien pertrechado, con artillería y municiones abundantes, se resistía hasta la muerte; los defensores de aquellas posiciones y de otras accesorias eran el batallón expedicionario del regimiento de Infantería número 5, llamado del Infante, que había salido de Zaragoza en 5 de marzo del 24 y llegó a Ceuta, tras breve estancia en Valencia, en 7 de julio del mismo año, pasando inmediatamente a Tetuán y al macizo de Gorgues, en servicio de campaña y recibiendo su bautismo de sangre en Beni Salah, pocos días después.



El macizo de Gorgues, donde el batallón del Infante sufrió su bautismo de sangre en 1924.

Durante la retirada de Xauen, el batallón del Infante fué vigilante y guardador de las posiciones que defendían el acceso a Tetuán, sufriendo bajas que acrecentaron su bien cimentada fama de valientes hasta la temeridad y de celosos cumplidores de todos los deberes.

UN GOLPE FALLIDO

Al iniciarse las operaciones de desembarco en Alhucemas, el audaz Abd-el-Krim concibió la idea de atacar a fondo y con casi todos sus elementos, la zona de Xauen-Tetuán, sabiendo que, vencidas algunas posiciones, podría dar un gran golpe de efecto entrando en Tetuán y contrarrestando así el que veía seguro descalabro en el Rif.

Y allí, entre Xauen y Tetuán, reuniéronse las cabilas de Yebala que, como más próximas, comenzaron el asedio de posiciones y avanzadas; pronto llegaron los de El Garb y los de Senhaya, unidos a algunos del Rif, situando su cuartel general en la Zaula de Muley Bakkal y consiguiendo con sus numerosos y abundantes elementos combativos aislar posiciones, sitiárlas por la sed y el hambre y causar gran número de bajas a las tropas defensoras.

Pero lo que se proyectó golpe rápido y sorpresa traidora, no fué sino lentísima marcha, que se detuvo ante el infranqueable heroísmo del batallón del Infante, que defendía Kudia Tahar y sus posiciones y avanzadillas que eran la clave del desfiladero de Ben-Karrich; éste era el acceso fácil y seguro a Tetuán, pues a retaguardia de nuestros va-

lientes no existían núcleos capaces de resistir el empuje de las hordas invasoras.

UNA RETIRADA HONROSA

El asedio a las posiciones, las continuadas preparaciones artilleras seguidas de ataques a las avanzadillas, habían logrado disminuir en tal forma el número de sus defensores útiles (heridos casi todos, debilitados por el hambre y la sed cuantos aún tenían vida, pues los reiterados intentos de aprovisionar a Kudia Tahar habían fracasado totalmente) que la situación era ya insostenible. Tanto que el sargento que mandaba la defensa de Nator tres, don Mariano Ascoz, hoy capitán, habíase retirado a Nator principal con lo que quedaba de su gente, toda herida y maltrecha, incapaz ya de hacer más que adelantar en unas fechas el sacrificio de su vida por la Patria.

Tan fué así que a aquel sargento se le instruyó expediente por abandono de posición, y cuál sería su comportamiento demostrado en el curso del proceso, que se le concedió la Cruz laureada de San Fernando; de los doce héroes que le acompañaron en la retirada, sólo sobrevive hoy uno a aquellas heridas: el manco Valero, que ingresó en Inválidos. Todos los demás murieron en los hospitales de Africa o de España, a consecuencia de las lesiones recibidas en la defensa de Nator tres.

LOS MUERTOS DE NATOR TRES

Y en éste quedaron seis muertos. Fué el único botín que la morisma logró; aquella posición fué recuperada por la sección del

de tierra y sobre ella puse una cruz de piedras."

EL HEROISMO DE LAPEÑA

Así, tan sencillamente, cuenta Mariano Lapeña su benemérita acción; pero los detalles de ella, logrados por nosotros con gran esfuerzo y de diferentes personas, testigos presenciales o conocedores del hecho relatado, dan mucho mayor valor a la empresa realizada, a la obra misericordiosa tan bien ejecutada.

Porque de los seis cadáveres, dos estaban fuera de la posición, en la barrancada, y para rescatarlos descendió Mariano, sostenido por una cuerda, arriesgando su vida. Tanto que, a consecuencia del intenso "paqueo" sufrido, uno de los cadáveres llegó a la posición con una herida más. Una bala habíale alcanzado durante el "ascenso". Cuando pregunto por esto a Mariano dice, encogiéndose de hombros: "Eso no tiene importancia; más sentí yo el balazo al muerto que si me lo hubieran dado a mí."

Igualmente, para hallar sitio hábil para el lugar del enterramiento, hubo de recorrer todos los alrededores de la posición que asentaba sobre rocas; las rocas de Kudia Tahar les llaman. Y sólo tras detenida búsqueda encontró un vallecillo donde había tierra suficiente para lograr su intento. Durante esta investigación, los disparos enemigos no cesaron, pero tampoco pudieron impedir que Mariano Lapeña dejara sin terminar su heroica misión. Esto tampoco lo dice el asturiano. En cambio, nos facilita detalles de la tragedia del "Balcón del Encinar".

LA GUITARRA IMPROVISADA

Si serían valientes —nos dice entusiasmado— que, seguramente, para contestar "a modo" a los moritos que les cantaban jotas, habían fabricado una guitarra con una caja de pasas y un palo que servía de mástil y que habían agujereado con alambres al rojo, para poner las clavijas. Yo la recogí, y tocaba. Tenía un sonido lúgubre, como si se quejara. Estaba manchada de sangre. Días después, un moro me la rompió de un gumiazo, pero... no pudo contarla. ¡Con el cariño que yo había tomado a la guitarilla!"

A respuestas nuestras, responde con más detalles:

"Estaban cosidos a gumiazos los infelices; sus ropas destrozadas; mutilados, como los moros acostumbra a hacerlo con los heridos o con los muertos; allí les debió cegar la rabia al entrar en la posición y no poder saciar su crueldad en nadie vivo."

"Encontré también cartas, fotografías, ropas deshechas, objetos varios. Todo manchado de sangre; despedazado, como estaba, fué a los sacos con los cadáveres y con ellos enterrado."

RECOMPENSA QUE NO LLEGA

"El teniente médico señor Durán, asombrado por lo que me vió hacer, dijo que había que proponerme para una recompensa; pero yo creo que aquello no merece tanto."

Y con esto termina sus interesantes manifestaciones Mariano Lapeña.

¿No creen que su autor sí merece alguna humana, tan heroico, tan cristiano, sí merece la pena de que en Zaragoza se conozcan el nombre y los detalles de la tragedia del "Balcón del Encinar"?

¿No creen que su autor sí merece alguna recompensa?

Zaragoza y el regimiento de Infantería número 5 tienen la palabra.

LO QUE SE DEBE AL INFANTE

En el Libro de Oro, historial del regimiento del Infante, se lee el párrafo siguiente:

"La tenaz y heroica resistencia de las fuerzas del Infante que guarnecían las posiciones del sector de Kudia Tahar y Nator fué de una enorme transcendencia para el conjunto de las operaciones en la Zona de Tetuán, pues emprendido en aquellos días el desembarco en Alhucemas, no había apenas fuerzas disponibles a retaguardia del sector y al haber caído éste en poder del enemigo, y como consecuencia el desfiladero de Ben-Karrich, que cubrían los defensores de Nator principal, el enemigo se hubiera encontrado en excelentes condiciones para marchar sobre la plaza de Tetuán, la que se hubiera hallado en comprometidísima situación, sirviendo el sacrificio de las fuerzas del batallón del Infante, más dos compañías de Talavera, único refuerzo con que pudo contar en los cinco primeros días, para dar tiempo a la llegada de tropas de las destinadas a Alhucemas, que restablecieron la situación el día 13 de septiembre."



Mariano Lapeña, soldado del Tercio, que dió tierra a los restos de seis soldados del Infante muertos en Nator 3.

¡PAZ A LOS MUERTOS!

Ello demuestra el heroico comportamiento de nuestros paisanos y su brillante sacrificio por la Patria; en la posición Nator tres dieron su vida gloriosamente Joaquín Abad Pellicer, Martín Carroza Donoso, Martín Martín Sanz, Máximo Menacho Moreno, Polonio Maltiparta Palomo y Pedro Vierges Abad, hermano este último de José Vierges, que murió en Kudia Tahar en la misma fecha.

Sirva este recuerdo como exaltación de su heroísmo. Al lugar donde otro héroe les dió la paz de un puñado de tierra, fuimos en viaje de conmemoración; allí están, todavía, señales de la hoya y trazas de la cruz de piedra que la exornó.

de agosto nuestro patriotismo bien sentido y nuestra admiración por tanto heroísmo, porque allí, también, "en cada palmo de tierra hay una tumba española".



Lugar donde se enterraron los restos de los soldados del Infante muertos en el Balcón del Encinar.

PROMESA CUMPLIDA

Y hubimos de hacer promesa de reiterar el heroísmo de los muertos y publicar la buena acción del que les dió sepultura, exponiendo su vida al hacerlo.

El general Gómez Morato, al confirmarnos los detalles expuestos, patentizó no sólo un deseo, sino su proyecto en vías de realidad, de hacer elevar un mausoleo donde reposan los restos de los héroes del "Balcón del Encinar".

Que así sea, para que se cumpla lo que leen a diario los soldaditos del regimiento número 5: "Quien muere por la Patria, vive para la posteridad." Es cierto; pero no olvidemos que, de todas las obras de misericordia, la más impresionante, la más hermosa, es la de "enterrar a los muertos". ¡Es preciso premiar a quienes, con riesgo de su vida, la realizan!

M. FERNANDEZ ALDAMA



Vista parcial de Dar Riffien, la cantera de Caballeros Legionarios.

"LA FABRIL"

MARCHA COMERCIAL

Por solicitud de un buen número de clientes nos complacemos en publicar esta inspirada composición original de los maestros Andrés Aráiz y Demetrio Galán, letra de Angel Abad Tárdez, marcha que ha alcanzado gran popularidad al oírse por radio y es elogiada sin reservas

Musical score for the first part of the march, including a 'Marcha' section and a 'Fin' section.

Musical score for the second part of the march, including a 'Fin' section and a 'Al Fin y FIN' section.

I
(Solista)

Los problemas que al mundo apasionan
fue "Don Dinero" quien los creó;
y hoy, a todos nos faltan pesetas
porque la vida se encareció.

Pero, nada, señores, me apura,
pues lo más serio, que es el vestir,
lo ha resuelto una Casa famosa y popular
y ya no tengo que discurrir.

Si tú eres deportista
y has de hacerte un traje
o un gran equipo
para esquiar,
no dudes un momento;
debes ir
a comprar
donde puedas ahorrar.

Ventaja encontraréis
el día en que compréis
en la FABRIL MANUFACTURA DEL VESTIDO
calle de Don Alfonso, veintiséis.

II

En la Casa que os he mencionado,
viste el obrero y el pollo "bien";
pues de un traje que allí cuesta ochenta,
en otros sitios te cobran cien.

En camisas, jerseys y pijamas
siempre ofrece lo más superior;
y en los trajes de niños, que es su especialidad,
son sus modelos siempre un primor.

Si tú eres deportista
y has de hacerte un traje
o un gran equipo
para esquiar,
no dudes un momento;

debes ir
a comprar
donde puedas ahorrar.

Ventaja encontraréis
el día en que compréis
en la FABRIL MANUFACTURA DEL VESTIDO
calle de Don Alfonso, veintiséis.

(Coro). — Si tú eres deportista
y has de hacerte un traje
o un gran equipo
para esquiar,
no dudes un momento;
debes ir
a comprar
donde puedas ahorrar.

(Solista). — Ventaja encontraréis
el día en que compréis
en la FABRIL MANUFACTURA DEL VESTIDO
calle de Don Alfonso, veintiséis.

FABRIL MANUFACTURA DEL VESTIDO

ALFONSO, 26 - COSO, 113. - TELEFONOS 4920 - 1052. - ZARAGOZA



Don Napoleón.—¿Por dónde ha entrado usted?

Personajes: Salomé y Don Napoleón.

Intérpretes: Tina Gascó Cortés y Eduardo Pedrote.

Despacho del empresario, en un teatro frívolo.

(Don Napoleón pasea nerviosamente y habla solo.)

—No, no y no; por esto no paso. He transigido con todos sus caprichos, pero, ¡vamos!, por el caprichito de hacerme de los que existen, no. Era una leandra cuando la lancé y hoy es, gracias a mí, la primera figura de la revista. Decididamente voy a separarla de mi doble compañía: la personal y la teatral. Y mañana, Alicia Mirayes, la estupenda, la genial, la dinámica, la deliciosa "vedette" —yo sé bien cuánto dinero me costaron estos adjetivos— será una más del montón, cada día más nutrido, de "vedettillas", si es que no se ve obligada a dejar su carrera por la de San Jerónimo, o por la de Peligros, que también es una carrera, aunque se llame calle.

(Estando Don Napoleón en estas transcendentales divagaciones se abre lentamente, sin que él se aperceba, la puerta del despacho y

aparece, sin hacer ruido, una espléndida muchacha, de moderna silueta, vestida con algún atrevimiento, pero con elegancia. Queda quieta, hasta que se apercebe de su presencia Don Napoleón.)

D. N.—(Sorprendido.) ¿Por dónde ha entrado usted?

Sal.—(Sonriendo con guasa.) Por la puerta, como entro en todas partes. Es una costumbre que tengo desde pequeña.

D. N.—(Malhumorado.) ¿Y por qué no se hizo anunciar?

Sal.—Ya me anuncié, pero el portero me dijo que no estaba usted para nadie.

D. N.—¡Ah! Pero, ¿habló usted con el portero? ¿Y le ha dejado pasar? Bueno; yo me entenderé con él.

Sal.—Debe usted disculparle. (Con sonrisa pícaro.) Le he sobornado nada menos que con un beso de mi boca. Usted, ¿qué hubiese hecho en el puesto del portero?

D. N.—No dejarla entrar.

Sal.—Ya, para quedarse conmigo.

D. N.—Señorita: Yo no me quedo con nadie, y... diga ya qué es lo que desea.

Sal.—Yo quiero ser "girl".

D. N.—Bueno.

Sal.—Y quiero entrar en su Compañía.

D. N.—Imposible. Tengo cubierta la plantilla.

Sal.—¿Cuántas son?

D. N.—Cuarenta.

Sal.—Pero es difícil que canten las cuarenta todos los días. Yo podría ser la sustituta de la que se ponga enferma o se escape con el novio.

D. N.—Pero, ¿qué concepto tiene usted del teatro? Mis "girls" no se escapan con nadie y si se ponen enfermas lo avisan antes.

Sal.—A lo mejor, con nueve meses de anticipación.

D. N.—(Haciendo esfuerzos para no reír.) Señorita, formalidad...

Sal.—(Aprovechando la situación favorable se va acercando más a Don Napoleón, para decirle mimosamente): Sea usted bueno conmigo, Don Napoleón. Hágame usted un huequecito. Le tengo tanta afición al teatro...

D. N.—Ya veo que usted no ha trabajado nunca.

Sal.—¿Cómo que no! Tres años; me parece a mí que para lo jovencita que soy...

D. N.—¿En qué Compañías?

Sal.—En una, en una sola; soy muy formal. Yo tampoco me escapo con el novio y aviso también con tiempo si me pongo enferma.

D. N.—Y en cuál: ¿en la de Maravillas, en la de Romea, en la de Pavón?

Sal.—No; no, señor. En la Compañía de S. P. L. V., o lo que es lo mismo, de Seguros para la Virginitad.

D. N.—Pitorreos a mí, señorita... ¡Quítese de mi vista en seguida!

Sal.—Le digo a usted que he estado tres años de mecanógrafa en esa Compañía.

D. N.—La mecanografía no sirve para la revista.

Sal.—Pero servirá esta cara, este cuerpo y estas piernas...

D. N.—(Mirándole a las piernas.) A ver, levántese la falda... un poco más... más... más...

Sal.—Don Napoleón, que las piernas ya se han terminado.

D. N.—Sin ser las de la Mistingueta, hace treinta años, o las de Celia Gámez, la semana pasada, no están mal. Pero, mire usted, piernas bonitas hay a centenares.

Sal.—Señor empresario, que no las voy a poner en venta. Además, tengo cinco primeros premios de baile. Vea usted cómo ballo el danzón, que es lo que ahora priva... (Lo balla.)

D. N.—Muy bien; su danzón no sólo priva, sino que desmaya; pero... ¿no tiene usted premios de campeonato de resistencia?

Sal.—No; eso, no.

D. N.—Entonces está en malas condiciones para entrar en la revista. Tal vez le sirva usted a la Argentinita.

Sal.—Declamando me desaffo con cualquiera.

D. N.—Aquí no hacemos "La venganza de Don Mendo", ni "La Medea".

Sal.—Y cantando no soy Felisa Herrero, pero, vamos, no haría el ridículo con Margarita Carbajal. (Cantando)

Por la calle de Alcalá la florista descarrá...

D. N.—Basta, basta; canta usted bastante mejor que Margarita...

Sal.—Entonces, quedo admitida... (Palmo-teando de contenta.)

D. N.—No, no; porque cantar mejor que Margarita no es título de admisión, porque como Margarita... vamos... que Margaritas hay muchas, y... y para decirlo de una vez, que aquí no hace falta saber cantar.

Sal.—Pues, ¿que es lo que hace falta aquí, que yo me entere? (Poniéndose chula.) Si hay algo que aprender lo aprenderé, y si hay mucho que enseñar lo enseñaré, porque tengo también la carera del Magisterio.

D. N.—Aquí hacen falta dos cosas: Primero, que haya un puesto vacante; y segundo, que a mí me satisfaga la aspiranta.

Sal.—Y yo, ¿le satisfago?

D. N.—¡Uf, uf! (Queriendo ponerse serio, sin lograrlo del todo.) Me está haciendo perder un tiempo precioso.

Sal.—Muy galante. Ya me voy, ya. (Adop-



Salomé.—Puedo quitarle también ese pelito que lleva usted en la barbilla.

taré el recurso supremo.) Si, después de todo, yo no tengo ningún interés en dedicarme al teatro.

D. N.—Ahora sale usted con esas...

Sal.—Lo que le dije sólo fué una excusa para...

D. N.—¿Para qué?

Sal.—Para iniciar la conversación.

D. N.—¡Ah! Luego, ¿es otro el motivo de su visita? Pues usted dirá...

Sal.—Es tan difícil para mí... Yo esperaba que fuera usted el que... ¿Es que no ve usted en mis ojos...? (Mirándole con apasionamiento.)

D. N.—(Para sí.) "¡Caramba! Es lista la chiquilla. Le seguiré la escena". (Mirándole a los ojos fijamente.) No, no veo nada.

Sal.—Pero no ve usted que yo...

D. N.—¿Que está usted loca!

Sal.—Loca por...

D. N.—(Haciendo que en aquel momento ha comprendido.) ¿Eh?

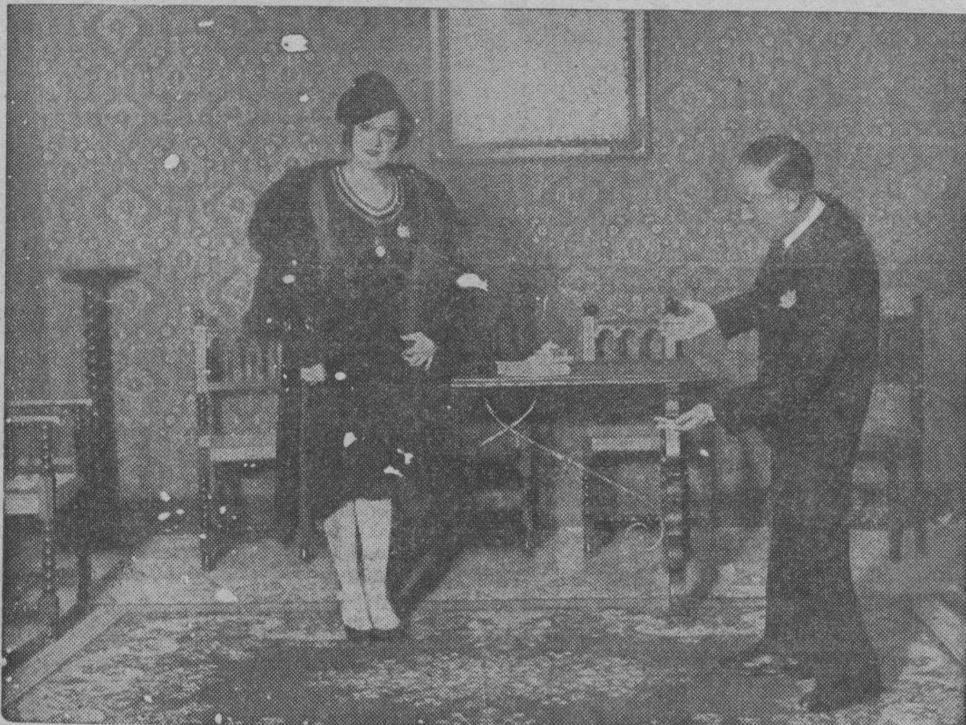
Sal.—No, no debo hablar; ni debí nunca dar este paso. Soy una imbécil.

D. N.—No tanto, mujer. Hábleme. Es que yo no había comprendido.

Sal.—No, no; ¿para qué? Adiós... Y perdóneme.

D. N.—No; usted no se va de aquí sin decirme...

Sal.—(Como no deseaba otra cosa vuelve sobre sus pasos y empieza su narración en tono declamatorio, muy de



Salomé.—Don Napoleón, que las piernas ya se han terminado.



Don Napoleón.—... Y algo más; tú quieres ser "vedette".

revista.) Yo le vi una tarde. ¿Qué tarde era? Digo; ¿qué tarde aquella! Pasó por mi lado, me dijo un requiebro y...

D. N.—Algo recuerdo yo de eso.

Sal.—Y una amiga mía, bailarina, que venía conmigo, me dijo: "Ese que te ha "piropeado" es el empresario del teatro Pipermin". Y yo añadí: "Pues me gusta ese hombre." Desde aquel momento, yo sólo tuve un deseo: volverle a encontrar en mi camino.

D. N.—Señorita: estoy abrumado ante una declaración tan insospechada. Pero, por favor, siéntese, que esto merece hablar reposadamente. (Ofreciéndole una silla.)

Sal.—(En la creencia de que está dominando la situación, y para dar más pie al empresario.) Aquí mismo, sobre su mesa. (Se sienta sobre la mesa.) Y usted a mi lado, en esta silla. (Pone los pies sobre las piernas del empresario, para retirarlos en seguida, como si lo hubiese hecho distraídamente.) ¡Ay, perdón!

D. N.—De nada. Sus pies son tan chiquititos que no molestan.

Sal.—Así, en esta posición, hablaré con más confianza; así iré perdiendo la vergüenza, porque yo soy muy tímida. ¡Si no sé cómo me he atrevido a tanto!

D. N.—Hay un remedio para curar la timidez. ¿Le gusta a usted el "whisky"?

Sal.—El "whisky", el "cock-tail", el jerez, el champagne, el coñac, la manzanilla y el anís son mis bebidas predilectas. Yo, como cualquiera, tengo mis preferencias.

D. N.—(Después de sacar de un armario una botella de "whisky" y dos copas.) Se ve que es usted una mujer inteligente. (Ofreciendo de su petaca.) ¡Un cigarrillo...! Y alegre, graciosa y frívola, como la revista. ¡Lástima que no haya un sitio en mi Compañía!

Sal.—No se preocupe por eso, Napoleón. ¡Ay, perdón! Don Napoleón.

D. N.—Puedes quitarme el tratamiento.

Sal.—¿Puedo quitarle también ese pelito que lleva usted en la barbilla?

D. N.—Puedes...

Sal.—(Arrancándole el pelito.) Ya está... Bueno; pues como te iba diciendo... ¡Ay, perdón! Como le iba diciendo a usted...

D. N.—Puedes también tutearme.

Sal.—Gracias, simpaticón.

D. N.—¿Otra copa?

Sal.—Yo no puedo negarme a nada de lo que tú me des, Napoleoncito. Pero, ¿qué te iba yo a decir? ¡Ah, sí! Que después del día en que me dijiste, al pasar, aquel piropeo, te esperé muchas veces a la puerta del teatro y te busqué por los cafés donde me decían que te reunías con los amigos. Quería ponerme delante de tí, para ver si de nuevo me piropeabas, y darte yo pie con esta sonrisa. (Le sonríe gachonamente.)

D. N.—Difícilmente me hubiera podido resistir a esa sonrisa que no la mejora ni Laura Pinillos.

Sal.—Desesperada de no encontrarte por ningún lado, me decidí a entrar aquí. Y por despistar te dije que quería ser "girl".

D. N.—(Levantándose y cambiando de aptitud.) ¿Con que por despistar? Ya, ya; tú no quieres ser "girl"; tú quieres ser algo más.

Sal.—(Fingiéndose rubor.) Claro, sí: la novia del empresario.

D. N.—Y algo más: tú quieres ser "vedette".

Sal.—Don Napoleón, yo...

D. N.—De algo ha de servirme la experiencia de quince años al frente de un teatro de revista. En ese tiempo, todas las mujeres que me fingieron amor querían lo mismo: ser "vedettes".

Sal.—Pero yo... (Bajando de la mesa.)

D. N.—¿Ves? Por primera vez te has azorado, porque he desahogado tu juego. Tanto como sabes por pícara ignoras por ser joven. Tú te dijiste: para conseguir de este hombre maduro lo que quiera, nada mejor que halagar su vanidad y ofrecerle un bombón. Pero no tuviste en cuenta que un empresario de revistas, más si es algo inteligente, está después de unos años vacunado de seducciones engañosas.

Sal.—Me aconsejó que hiciera lo que he hecho la ballarina que venía conmigo la tarde en que usted me dijo este propro: "Lucero: ¿Cómo haces para dormir con esos ojos?"

D. N.—Ahora veo que en esto no me engañas.

Sal.—¿Lo recuerda?

D. N.—No; es que he dicho muchas veces el mismo propro. Tengo un repertorio muy limitado.

Sal.—He venido a quedarme con usted, y usted se esté quedando conmigo.

D. N.—(Interesado ya por la muchacha.) Lucero: ¿Cómo haces para dormir con esos ojos?

Sal.—(Con guasa.) Cerrarlos y dormir, porque usted no me quita el sueño.

D. N.—Ahora te quedas conmigo porque yo quiero.

Sal.—No... Ahora me voy a buscar... nada tengo que hacer aquí.

D. N.—Ahora te quedas. Cuando tú llegaste pensaba en sustituir a la "vedette" de mi Compañía, y ese puesto lo vas a ocupar tú.

Sal.—(Emocionada.) ¿Yo..., yo...? ¿Yo la "vedette"?

D. N.—Tú, que cantas, ballas y te expresas mejor que la que tengo.

Sal.—Pero, ¿no decía usted que todo eso era lo de menos?

D. N.—Cuando no se tiene la gracia, el ingenio, la desenvoltura y la picardía que tú tienes. Desde mañana te anuncio como "vedette". Pon condiciones.

Sal.—Una tan sólo: que quiero ser también la novia del empresario.

D. N.—Lo esperaba. Tú..., ¿cómo te llamas?

Sal.—Salomé.

D. N.—Salomé: tú harás carrera. Pero me asusta que te llames así, porque eres capaz de hacermos perder la cabeza, como tu tocaya se la hizo perder a Juan el Bautista...

PABLO CISTUE DE CASTRO



Hace algunos años el mercado callejero estaba limitado a casi dos únicas cosas, cuyos pregones todavía resuenan en los estrechos ámbitos de la Puerta del Sol como gritos anacrónicos: la guía de Madrid, con el almanaque zaragozano, y las gomas para los paraguas.

De entonces a acá hemos avanzado mucho en esta costumbre, llena de árabes reminiscencias, que convierten en zocos las principales arterias de la capital. Fueron primero aquellas pequeñas medias lunas de plomo que se voceaban pintorescamente por su uso: "Para las punteras, para los tacones." Después las piedras—clandestinas y misteriosamente ofrecidas—para los encendedores, las mechas y la propia bencina, para el buen

funcionamiento de estos competidores del monopolio de cerillas. El pequeño y rústico juguete de cartón el "Nicanor" que tocaba el tambor, el "Don Pedrito" que trepaba por sus escaleras, el simple molinillo de coloreados papeles, la pelota "sube y baja", el "Toribio saca la lengua", todas esas cosas "para el nene y la nena". Las mercancías comestibles para saclar la frugal glotonería madrileña, chuletas de huerta, cacahuets, chochos o altramuces, castañas asadas, churros... La impunidad municipal alcabucta que obtiene su lucro de estos minúsculos mercaderes con el mismo pudor que el de otras vergonzosas ventas, también callejeras, fué arrojando a la calle verdaderas legiones de parias, que en el mismo afán de competencia y emulados

CENTRO TECNICO COMERCIAL, S. L.

Casa especializada en neumáticos de las mejores marcas y calidades

LUBRIFICANTES todos los de primera fila para toda clase de motores y maquinarias

¡AUTOMOVILISTAS! Consultándonos precios ahorrarán dinero

ZURITA, 7. - Teléf. 21-96. - ZARAGOZA

por constantes ejemplos de originalidad lanzaban cada día una nueva y extraña mercancía.

Los ojos atónitos del madrileño, abiertos siempre al milagro de la sorpresa, veían esta diaria invasión sin inmutarse, casi contentos de que estos pequeños vendedores fueran saliendo constantemente al paso de su imprevisión, su olvido, su retrasada salida de casa o de la oficina, cuando todos los comercios estaban cerrados, y la aparición del hombre de las anchuras y afeitado le salvaba el domingo barbado o le resolvía el otro de los mecheros, poniéndole bencina en su encendedor, la pequeña angustia de ir con el cigarrillo apagado hasta encontrar a quien pedir cortés y cínicamente lumbre.

Mucho, sin duda, ha influido en el desarrollo de lo que hoy es plaga invasora esta típica despreocupación española, esta indisciplina que nos hace apeteer las cosas cuando no se pueden adquirir y olvidarias tan pronto como un simple movimiento volitivo y el dinero necesario nos pondría en posesión de ellas.

Es el caso que yo, que he asistido al desarrollo del fenómeno con cierta impasibilidad, no había caído en la tentación de abordar el tema, ni sugestionado por su pintoresquismo abigarrado ni indignado por las molestias que produce cuando vanamente pretendí alguna vez pasear con holgura por las que creía amplias y cómodas vías. En una ocasión, no muy próxima ya, en que estuve a punto de exteriorizar mi protesta, uno de los más modernos comercios callejeros—en la abundancia que hoy lo está—, el de libros, me hizo rectificar mi decisión. Esos carritos como de inválidos, cargados de libros, viejos unos, nuevos los más, procedentes del fracaso de una editorial famosa por la explotación de que hizo víctimas a los escritores españoles, me inspiraron una compasión profunda, una sensación de interno desgarramiento, una infinita ternura. Fué como si me hubiese encontrado al propio hermano escritor mostrando sus miembros mutilados e implorando la caridad pública.

Desde entonces he visto aumentar de tan exorbitante manera los comercios callejeros que he llegado a pensar seriamente en que se trate de un truco de los auténticos comerciantes para deshacerse de géneros que, chancas o no, tienen difícil salida en sus lujosos establecimientos. Aquellos ingeniosos juguetes de cartón o madera cepillada con navaja se han sustituido por los ingeniosos y complicados de los bazares caros; de las cuchillitas de afeitar se ha pasado a la maquinilla completa, con brocha, barra de jabón y suavizador, espejo, peine, polvos, colonia, todos los útiles del masculino aseo; verdaderas joyerías se ofrecen en amplias bandejas en un rutilar deslumbrante de culos de vaso; las antiguas golosinas han quedado oscurecidas con la aparición de exquisitas reposturías y complicadas preparaciones del arte culinario, y así pestiños, bartolillos, tortells, patatas a la inglesa, croquetas y fritos de pescado convierten la calle en náusea para el inapetente y estímulo para el glotón. Para nada necesita ya el buen madrileño entrar en las tiendas. Su despreocupación y su falta de memoria, amorosamente previstas por los mercaderes callejeros, encontrarán, a su paso de la oficina a casa, aquel encarguito que le hizo su mujer por la mañana, cuando sorbía el café de la precipitación, sin tiempo para advertir su mal sabor, como había encontrado de ésta a la oficina el lapicero, o la plumilla, o la goma de borrar, o la tinta china. En la calle encontrará la salvación de aquel compromiso con un amigo a punto de casarse, al que había de regalar algo y para el que hallará un faro renacentista de forjados hierros y catedralicios vidrios. Y si el madrileño es soltero casi todo el menaje para su hogar futuro podrá adquirirlo en la calle: cacerolas, sartenes, vajillas, butacas, sillas, mesas auxiliares... El aparador, el trinchero y la cama no los encontrará por demasiado grandes, pero todo se andará.

El Municipio vela celosamente por el desarrollo comercial de la capital de España y los madrileños sólo esperamos el abaratamiento del autogiro para intentar nuestros traslados por el aire.

CESAR GONZALEZ-RUANO

Aragón debe iniciar en 1934 su reconstrucción política-económica. Quedamos rezagados. Hay Regiones que superan nuestros actos de gobernación interior. Estancarse hoy es evidencia de que la Raza comienza a declinar.

¿Será 1934 provechoso

Sentir zaragozano...

al progreso ciudadano?

Cada año que fina se impone el balance ciudadano sobre las mejoras que la ciudad consigue en los diversos aspectos que acrecientan su ornamentación, su vistosidad, su auge, su modernismo, su preponderancia, en suma, en el cuadro de las capitales españolas.

Aunque repetidas veces nos hemos quejado del ritmo lento que en el transcurso de las Municipalidades sigue la capital, es indudable que el progreso de Zaragoza, de unos años a esta parte, es bien notorio, aunque su definitiva prosperidad no asome con la rapididad que nosotros deseáramos.

A la iniciativa particular se debe, en primer lugar, el modernismo, cada día más acusado, de los edificios de nuestra población. Nuestras calles, convertidas en espaciosas y céntricas vías cuajadas de edificaciones de los más modernos estilos; comercios, establecimientos cuyas muestras, en delicado y tectónico alarde de presentación, dan a la urbe la suntuosidad de las poblaciones más cosmopolitas; nuevas líneas de transportes, que van componiendo la amplia red de autobuses, hoy orgullo del ajetreo zaragozano...

Y es que el zaragozano se afana por hacer de su capital moderna mansión que propale a todos los vientos la tenacidad de sus iniciadores, contra el engorro de la pasividad de sus administradores.

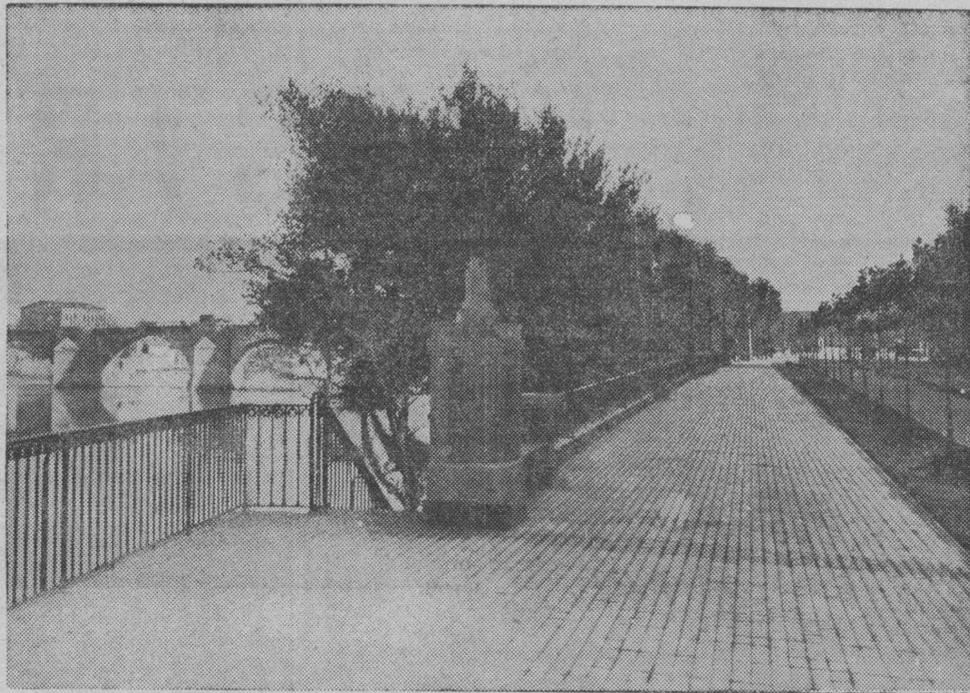
1934 presenta a Zaragoza la disyuntiva de un provechoso progreso y de una definitiva incorporación al ritmo de las modernas ciudades españolas, si sabemos sacudir de una vez esta apatía municipal que sume en letargo inacabable proyectos e iniciativas.

La situación estratégica de nuestra ciudad, su equidistancia de los grandes centros nacionales, su punto de enlace entre Cantábrico y Mediterráneo, sus próximas puertas aduaneras, sus enlaces con Francia, han de hacer de Zaragoza privilegiada población, aireada por las más modernas corrientes de progreso.

Esa clásica nota de actividad callejera, que tanto nos envidian otras poblaciones, da a la nuestra un aspecto tan animado que no consiguen otras ciudades con tener un número de habitantes muy superior.

El zaragozano es callejero por excelencia. Necesita el contacto diario con sus calles, el bajar a ellas para seguir las fluctuaciones de ese volumen de tráfico que es nervio y vida ciudadana.

Ni nosotros ni ellas podemos permane-



cer muchas horas encerrados en las habitaciones sin establecer este contacto con la calle, que nos hace pulsar el cotidiano revivir de nuestra urbe querida.

Tan amante de su ciudad es el zaragozano que sigue el proceso de todos los embellecimientos ciudadanos, y siempre se coloca decididamente al lado de todas las iniciativas.

¡Oh, si los Ayuntamientos se dieran cuenta del privilegio de ostentar una administración con tan entusiastas y conformados contribuyentes!

El zaragozano se halla siempre presto al aplauso de cuanto suponga beneficio para su población y ¡qué maravillosa ocasión de lucimiento desperdician siempre nuestros ediles!

¡Público callejero, público zaragozano, público animador, que visteis diariamente de gala y haceis vibrar aceleradamente la urbe de tus amores...!

En el variado ramo de espectáculos y diversiones la ciudad se ha colocado en digno parangón con las poblaciones más renombradas en este aspecto.

Van surgiendo fuera del centro de la ciudad los edificios dedicados a diversiones y espectáculos, y la diaria cartelera de nuestra Prensa arroja un nivel muy alentador.

El forastero encuentra siempre lo más nuevo y moderno de las producciones teatrales, de los "films" sonoros, y la calidad de nuestros edificios destinados a espectáculos acusa la perfección constante, los deseos de alcanzar una mayor superación.

Nada digamos de la variada afición a los deportes, que en nuestra ciudad se manifiesta en la constante labor de las Sociedades constituidas y que mantienen vivo el moderno prestigio deportivo de nuestra población.

La riqueza de un pueblo — han asegurado los economistas — no consiste en la mayor producción, sino en la variedad de ésta.

Por esto Zaragoza, en el aspecto industrial, señala una decidida riqueza, una brillante prosperidad, porque sus industrias abarcan febrilmente todos los ramos.

Se emprenden nuevos negocios y el nombre industrial de nuestra ciudad va ganando nuevos mercados, que, a juzgar por las estadísti-

cas del año precedente, han de dar en esta nueva etapa que iniciamos una mayor pujanza a su economía.

De los proyectos de embellecimiento ciudadano llevados a cabo este año finado vale más no hablar, porque su importancia ha sido tan reducida que el 1933 apenas acusa sobre el precedente una realidad de ornamentación ciudadana.

¿Qué puede traernos en este aspecto el 1934?

Lo más saliente del año finado ha sido la urbanización de los barrios, la construcción de tuberías de conducción y desagüe en los barrios zaragozanos, que, al fin, se han visto sumados a la obra de higienización ciudadana.

Este año que comienza debe ser el de cancelación de todos los proyectos atrasados respecto a mejoramientos en la capital: edificios públicos proyectados, parques, nuevas vías, embellecimiento de la margen opuesta del Ebro, jardinería, estaciones, cuantos trabajos referentes a mejoras ciudadanas se hallan detenidos por el complicado expedienteo y la desidia municipal.

El turismo da a nuestra ciudad un considerable aumento en su población flotante, y es de esperar que en el presente año, y con auxilio de la propaganda de las entidades oficialmente consagradas a ello, obtenga Zaragoza el rendimiento turístico a que su atracción le hace acreedora.

La considerable red ferroviaria que afluye a nuestra ciudad desde otros importantes centros turísticos, su actividad comercial, sus confortables hoteles, amén de esta simpatía atrayente y monumental de su pasado, han de proporcionar a Zaragoza el provechoso progreso que todos deseamos.

Es necesario, no obstante, que el zaragozano busque estímulo a sus actividades en diversas empresas, para que el capital no se retraiga y el espíritu emprendedor de los aragoneses siga "in crescendo", igualando al que es característico en otras regiones en las que no bastan a detener la marcha ascensional de los negocios las notorias trabas y dificultades por que atraviesan todas las Empresas.

Sólo así conseguiremos en nuestra ciudad solu-

cionar uno de los problemas más pavorosos de la Humanidad que preocupan a los Gobiernos de todas las latitudes. Trabajo abundante, producto de un afán emprendedor de dotar a nuestra ciudad de todo lo más moderno y refinado. Obras que hagan más acabada la urbanización ciudadana y lleven a todos los hogares de los zaragozanos una sensación de bienestar y un cariño desmedido hacia la conservación y el porvenir de la población.

Preocupación sería de Municipios futuros ha de ser la de la fijación definitiva de las inversiones en propaganda de la ciudad y festejos.

Comisión permanente o accidental, pero buen tacto en la disposición de las fiestas clásicas zaragozanas, después de las enseñanzas recibidas en épocas precedentes.

Airear nuestra tradicional feria, para que en lugar de una lenta extinción de nuestros renombrados festejos adquieran éstos pujanza moderna y provechosa.

Y, sobre todo, no escatimar en los programas de fiestas, basados en una mal entendida administración de los intereses ciudadanos y en el hermetismo económico de las arcas municipales. Todo y todos para nuestra ciudad, y nuestra ciudad para todos.

Hay que procurar por todos los medios que la emigración constante de zaragozanos a otras ciudades de mayor potencialidad absorbente disminuya.

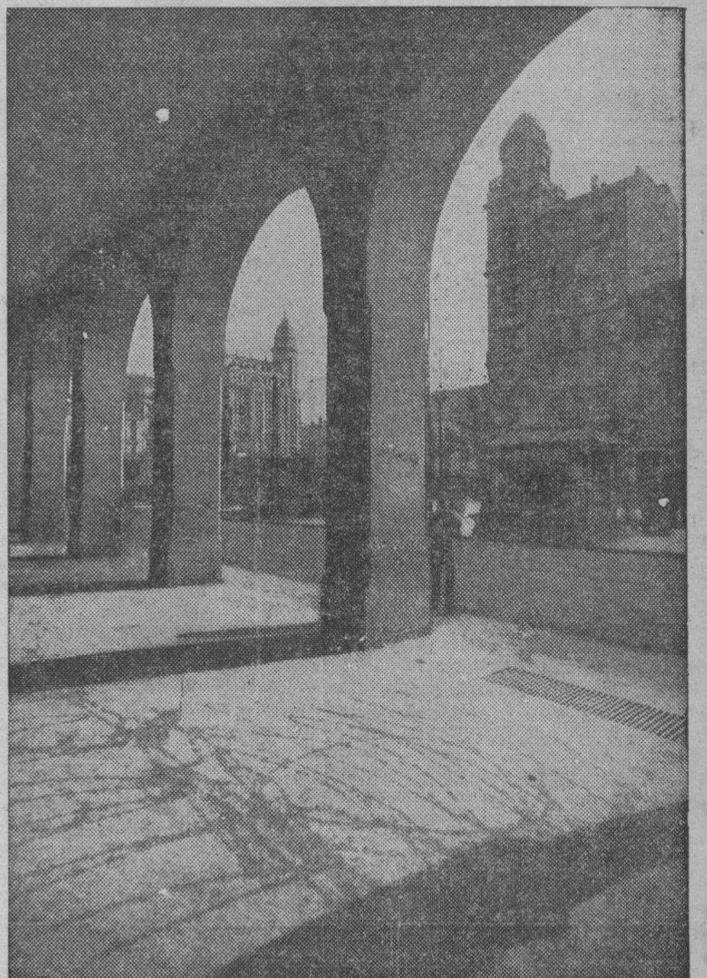
Barcelona y Madrid ejercen sobre el zaragozano tan decididas sugerencias que el núcleo de emigrados aumenta cada vez más. Cualquier contrariedad, adversidad en los negocios y, a veces, naturales desengaños del que batalla por el triunfo contribuyen a llevar al zaragozano lejos de su ciudad querida.

Este es un factor tan importante, que influye tan decididamente cerca de la despopulation ciudadana, que sin esta sangría el número de habitantes de nuestra ciudad llegaría pronto al millón catalogador de las grandes ciudades populosas y cosmopolitas.

Sigamos trabajando por el desenvolvimiento moderno de nuestra ciudad; procuremos presentarla a los ojos de la nación cada día más bella, más atractiva, para regalo nuestro y hasta conseguir el desarrollo deseado, que glorifique nuestra ciudadanía y nuestro tesón de aragoneses.

NARCISO HIDALGO

(Fotos. Mora y Barrera.)





"SASTRERIA ARTAJONA"

ESCUELAS PIAS, 36

(FRENTE A LA DE BOGGIERO)

**Esta Casa recibe directamente de
importantes fábricas artículos de
superior calidad para TRAJES
Y GABANES DE CABALLERO**

El Año Nuevo del 82

Allá va: para los que añoran tiempos preteritos: para los exquisitos de paladar y que les gusta saborear una copa de vino añejo, escribo estas líneas de un primero de año de hace muchos años.

Grato le es al sesentón volverle a sus años mozos, con cosas políticas, sociales y farandulecas de un Zaragoza viejo.

Finalizaba el 81 y salió del cascarón el 82, que, con gracia o sin ella, apechugó con la carga de su anual existencia.

El país, bien hallado con la libertad y el orden que disfrutaba, dejó fracasar las tentativas hechas por los partidarios de la República, señaladamente por Ruiz Zorrilla, último ministro de la Monarquía saboyana, y que luego se declaró partidario de ella, no cesando de conspirar, puesto que llegó a sublevar las guarniciones de Badajoz y Seo de Urgel. Pero tropezó con la indiferencia del País e hizo posible el turno pacífico de los partidos dinásticos en la gobernación del Estado, habiendo sucedido al conservador el liberal o fusionista que reconocía por jefe a Sagasta.

En el Congreso el día San Silvestre hubo más diputados de la mayoría que en los días anteriores en que su deber político les obligaba a concurrir para prestar apoyo a los proyectos del Gobierno, que tan comprometidos se había visto en los últimos debates, y eso que sus dietas no eran las de por acá.

El tema de las conversaciones fué el decreto que Sagasta leyó suspendiendo las Cortes y el programita que formuló a la Prensa y diputados que quisieron oírle, pues, por lo visto, no todos eran harina del mismo costal y luego que el tal "programita" alcanzaba solamente a cuatro legislaturas, y lo más interesante—como siempre—, lo que guardó para su capote el asmático Sagasta, pues para nadie era un secreto los compromisos contraídos con personajes que ejercían decisiva influencia, era dar entrada en el Gabinete a los señores Navarro, Rodríguez y al general López Domínguez, y por eso decidió hacerlo en el interregno parlamentario comenzado en el primero de enero del 82.

Sagasta propuso, pero el general Martínez Campos — general de perilla — dispuso la resolución de no salir del Ministerio de la Guerra "por nada ni por nadie" y no tuvo inconveniente en decirlo públicamente y sin reserva alguna, pues no era de Zaragoza, pero merecía serlo, manifestando su decisión con estas palabras: "Me importa poco que haya quien quiera echarme del Ministerio; yo no me he de ir mientras el rey no me despida." Y para este general no había cuestiones de Gabinete, porque siguió diciendo que no entendía de política y, además, que cuando se suscita una cuestión en el seno del Gobierno y cede a todo, no había medio ni pretexto para que Sagasta se desprendiese de él.

Los asiduos concurrentes a la tertulia del general se hallaban en la creencia de que había de enredarse mucho, en el transcurso de dos meses, la madeja ministerial, y cualquiera había de creer que la crisis que se esperaba se tendría que resolver a favor del elemento conservador del Ministerio.

Con esta esperanza y en este sentido trabajaban los señores Fabié, Suárez Inclán, el general Sánchez "regna y otros "campistas".

Por otra parte, según los sagastinos, quedaría en breve la situación a favor de los constitucionales. Todos deseaban y esperaban un Gabinete homogéneo—la Historia se repite— y cada cual arrimaba el ascua a su sardina, y ésta sin asar. Quedaba demostrado que en la fusión había mar de fondo y que la tempestad se hallaba próxima. Por esto, Sagasta dispuso y expuso su programa con la esperanza de verlo realizado.

También hubo entonces "su" complot, y grande, contra el Gobierno y alguien más. Las autoridades graron recoger muchos documentos en que aparecían comprometidos gran número de políticos pertenecientes a las fracciones avanzadas. Este complot no pudo conocerse con todo género de detalles a causa de la delicadeza del asunto.

Así estaba el Madrid político de entonces. Se dispuso en la "Gaceta" de aquel día que los jefes y oficiales del Ejército de Cuba que



Don Arsenio Martínez Campos

hubiesen cumplido nueve años de servicios en la Isla regresasen a la Península, a medida que los últimamente nombrados se fueran incorporando a aquel Ejército.

En Barcelona se inauguró la sección del ferrocarril de esta capital a Villanueva, primera de la línea que había de unir las capitales de Madrid, Zaragoza y Barcelona. Asistieron las autoridades y tuvo lugar en Villanueva un banquete. Con discursos, claro está.

Por acá se había apuntado una reunión de la Real Junta de Obras del Pilar, en la que acordaron enviar boletines de suscripción para erigir un mausoleo dentro del Santo Templo del Pilar, donde reposaran las cenizas de aquel cardenal-arzobispo, de felicísima memoria para los zaragozanos, llamado Fray García Gil, verdadero restaurador y continuador de las obras de nuestra Basílica y que ejerció su ministerio, no solamente con fervor caritativo sin límites, sino que demostró su amor al obrero necesitado. Muchos recordarán infinitas anécdotas que fueron enaltecidas asu tiempo, y que perduran en la memoria del que lo conoció, añadiendo a esto una austeridad y una sabiduría muy singulares.

La recaudación para el mausoleo alcanzó una cifra considerable de miles de duros, cantidad que pasó a la Historia, y no pudo efectuarse lo acordado con tanto entusiasmo por la Real Junta.

Ha pasado la bienhechora caridad de Fray García Gil; ha pasado su memoria y no podremos evitar que su recuerdo tenga huella dolorosa

y que digamos como el inmortal Garcilaso: "No me podrán quitar el dolorido sentir..."

La Diputación recibió un despacho de Palacio dando las gracias al presidente y Corporación por el telegrama enviado con motivo de la construcción del ferrocarril a Francia por Canfranc.

El caro lector se dará cuenta del tiempo invertido en la realización de una obra que hasta la fecha los que más viajan en el ferrocarril son los "Montañeros".

La Prensa anunció que del 2 al 5 del mes que comenzaba se hallaría abierto el depósito para Ultramar, establecido en nuestra capital, para el pago de las asignaciones de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas correspondientes al mes anterior. La Junta gestora del Canfranc acordó debía ir Aragón a la subasta de la construcción del ferrocarril y la conveniencia de formar una Sociedad anónima por acciones.

Se anunciaron también las oposiciones a médicos numerarios y agregados de la Beneficencia municipal de Zaragoza. Firmaba la convocatoria un gran doctor: don Joaquín Gimeno Vizarra. Ignoramos si tendrá parentesco con el eminente alienista doctor Gimeno Riera.

La Hermandad del Refugio extrajo de sus "cepos" 290'50 pesetas—ni una más ni una menos—, que las personas caritativas habían depositado en el pasado 81.

El trigo de monte estaba a 27'87; centeno, a 15'55; cebada, a 12'85, y avena, a 9'64. ¡Comparad, labradores!

La "Gaceta" publicó la Real Orden disponiendo que los



Don Práxedes Mateo Sagasta.

carteros cobrarían 5 céntimos (perro chico) por carta, en vez del cuarto que hasta la fecha devengaban.

La estadística de nacimientos en diciembre fué de 253 y las defunciones 271, de éstas 22 por viruela.

De música se puede decir que nos halláramos a la altura de otras naciones que presumen de vanguardistas.

En aquel entonces, y en el célebre "Café de Ambos Mundos", la orquesta ejecutaba obras de Donizetti, Verdi, y para final una polka o un vals. El "italianismo" se había cebado en nosotros y la melodía era lo que privaba en música seria.

En el Café Universal había conciertos de canto fino y pícaro, a cargo de las señoritas Emilia San Matías y Josefa Larrosa Alcobendas.

A Tersícore se le rindió culto en el Gran Teatro Pignatelli; en el Prado Aragonés—de dos a seis y de nueve a tres de la madrugada—, situado en el antiguo "Goya", donde al final rifaron una sortija de oro; y en el Novedades, las "pollas" y "pollos" se embriagaban con la mazurka, la redora, la polka de punta y tacón y la clásica habanera. La "métrica" tenía su asiento en estos bailes; para cada tiempo sus pasos y figuras clásicos. Esto era lo obligado en todo buen bailarín.

En nuestro primer teatro actuaba una formidable Compañía de verso y un cuerpo de baile.

A las tres de la tarde se representó "Angela" y hubo baile, y a las seis se estrenó la primera comedia, en este teatro, de Ceferino Palencia, titulada "Carrera de obstáculos", que gustó, sin entusiasmar, de verso fácil y elegante, de bastantes bellezas. Hubo un lleno que hizo sonreír al empresario.

"La viudita Amparo" fué interpretada fielmente, con una justeza admirable, por Julia Civera, bellísima actriz, verdadera primera actriz que unía a su belleza rubia un talento y una voz delicada y dulce. Fué maestra de muchas actrices y la mejor intérprete de "La dama de las camelias" durante muchos años.

La admiraron durante mucho tiempo como figura cumbre del teatro español y cada representación suya de drama o comedia constituía un éxito rotundo. Su arte llegaba a todos los tonos, desde la comedia graciosa hasta el drama. En nuestra capital era admirada por todos los conceptos y muy querida.

La secundaban el señor Civera y el gran actor cómico García, tan famoso en el arte de representar los juguetes. Aquel día hizo la tonadilla "Los maestros de la Raboso" y el cuerpo de baile interpretó "Las naciones". Las localidades valían 4 reales y el "paraíso" 2.

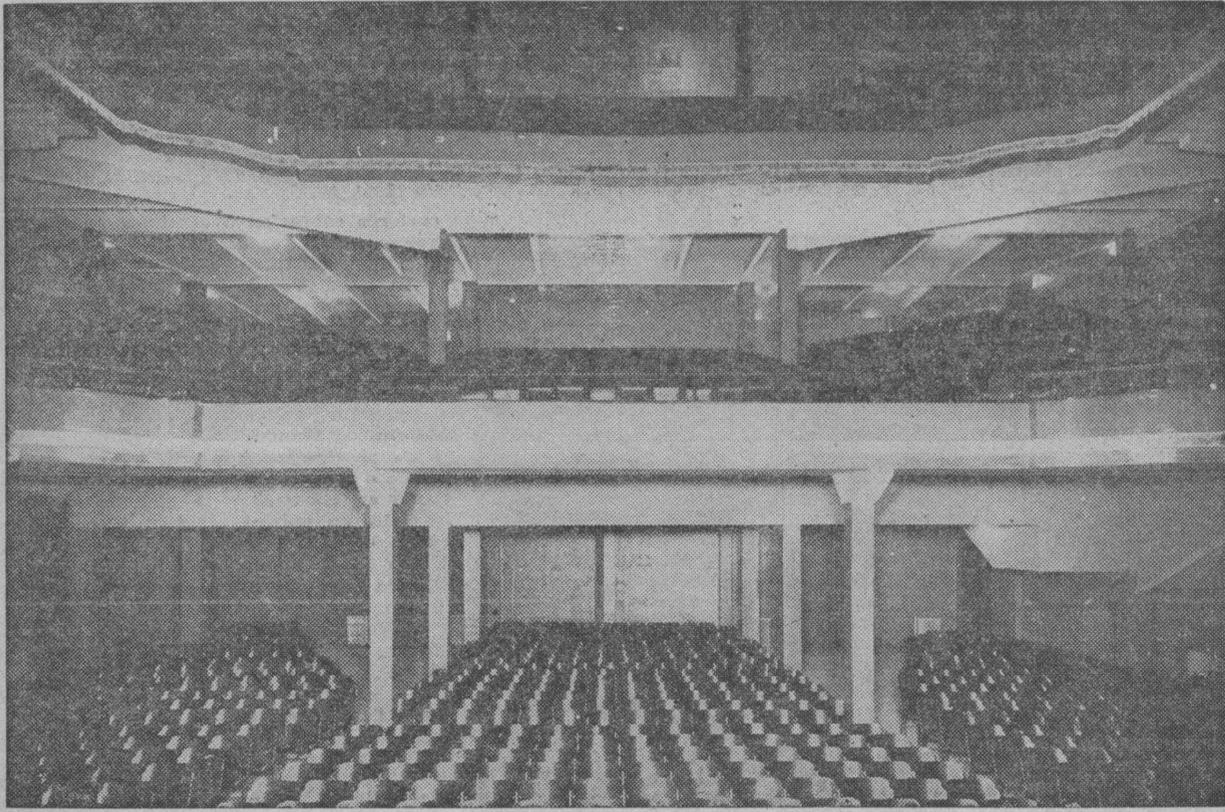
Para entonces ya no existía la célebre araña de petróleo, que más de una vez ponía "perdidos" a los espectadores de butacas.

Así pasó aquel primero de año zaragozano, y así pasó también el político, sin recordar aquellas frases de Cánovas que, según el maestro Ortega y Gasset, tenía para las cuestiones ideológicas el talento más grande de su siglo, y en las que había plasmado como un oráculo el porvenir de España: "Trabajad, inventad, economizad, ahorrad sin tregua; no contraigáis más deudas...; no fiéis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna...; no pidáis milagros a los que os gobiernan, pero tampoco les consintáis que adulen vuestros defectos y los exageren; ni declinéis en instituciones e individuos, por poderosos que sean; que las faltas de colectividad sean de todos, sean del mayor número; que vuestro patriotismo sea, en fin, callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable. Así no recobraréis, por cierto, el predominio antiguo, que aquello fué casual y no puede más volver; pero todavía hallaréis qué hacer en este mundo, de sobra, y podréis mostraros dignos de descender de quien descendéis y llevar con justo orgullo el glorioso nombre de españoles."

Certera visión tenía el gran político, pero aún dijo más el prodigio de la oratoria, el gran Castelar: "Las exageraciones revolucionarias sirven siempre a la reacción. Toda idea nueva o social nace limitada por el tiempo y las circunstancias, y constreñida, en razón de su propia novedad, a suscitarse obstáculos y dificultades sin cuento."

Meditemos y recojámonos en el altar de nuestra Patria, meditando las palabras de aquellos hombres que en el pasado siglo tuvieron el espíritu levantado para reprimir el mal y hacer el bien.

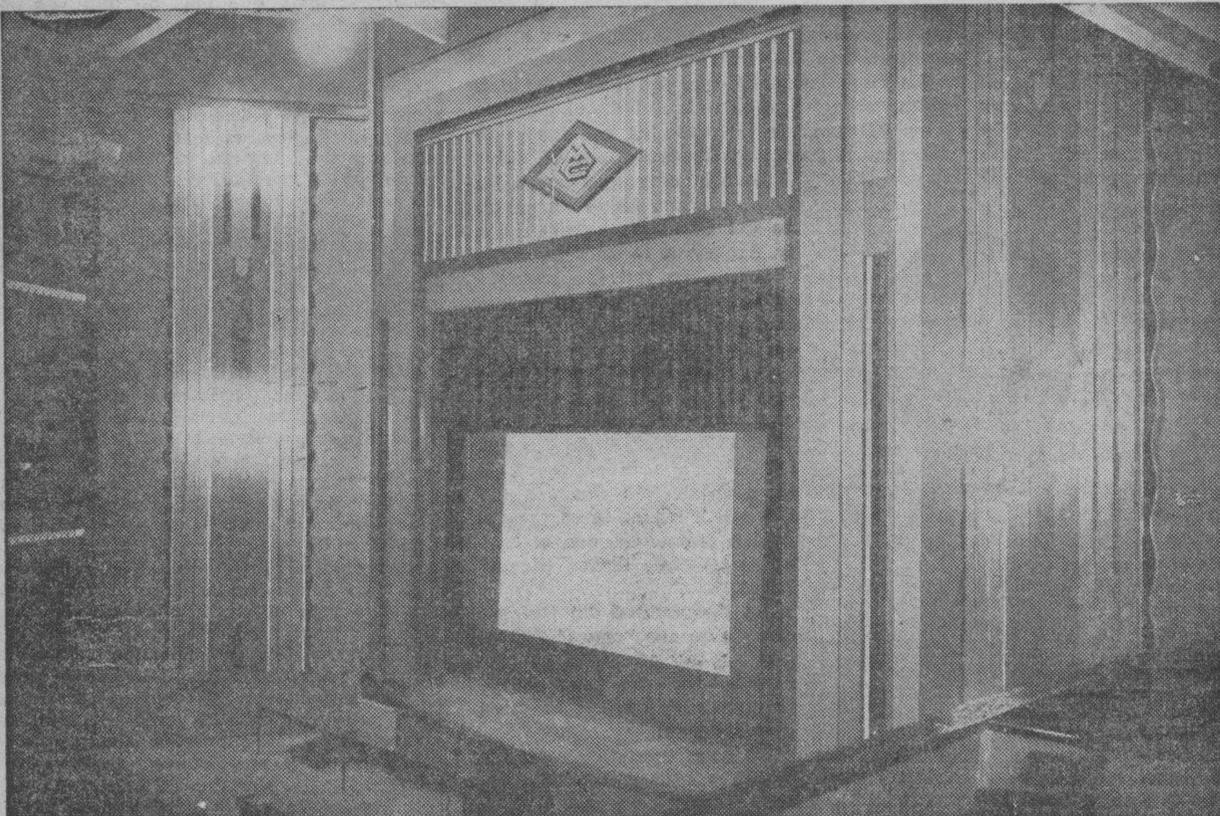
JORGE SANCHEZ CANDIAL



Amplio, confortable, espléndido, el Monumental Cinema es hoy, sin duda alguna, el más moderno salón de espectáculos y el preferido de la afición zaragozana

MONUMENTAL CINEMA

**TEMPLO POPULAR DE
LA CINEMATOGRAFIA**



Es aquí una perspectiva maravillosa de la pantalla del suntuoso teatro de la calle de Conde Aranda, en donde se ofrecerán los mejores programas cinematográficos y en cuyo escenario desfilarán los artistas de más renombre de España

La Sociedad Anónima de espectáculos "Aranda Films", nueva Empresa del suntuoso Monumental Cinema desde fecha reciente, lleva el loable propósito de hacer de este popular coliseo uno de los más confortables salones de espectáculos de nuestra ciudad.

A este fin se están realizando actualmente obras tan importantes en su instalación sonora y en su calefacción que le permitirán dentro de breves días ofrecer al público zaragozano las mejores cintas sonoras y habladas en nuestro idioma, con una claridad de sonido como en el mejor teatro cinematográfico, disfrutando al mismo tiempo el espectador de una temperatura ideal y de un confort envidiable.

Llena esta necesidad que imperiosamente precisaba este soberbio cinematógrafo, su nueva Empresa comenzará inmediatamente a desarrollar el negocio con una orientación distinta, que será recibida por los numerosos cineastas zaragozanos con el máximo agrado y adhesión.

El Monumental Cinema volverá decididamente a presentar el programa doble a base de una selección de los films que mayor acogida hayan obtenido, a precios eminentemente populares. Presentará también en su pantalla una larga lista de material cinematográfico sonoro de estreno, cuyos títulos e intérpretes son una garantía plena de éxito.

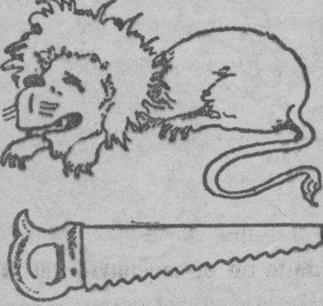
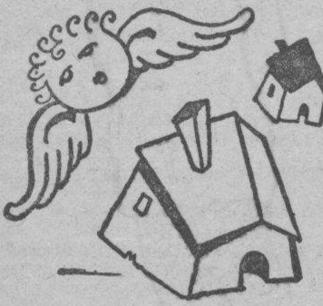
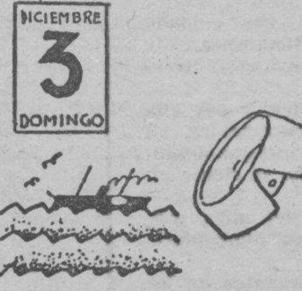
Cuantas representaciones de espectáculos de variedades se han dado en el escenario del Monumental han constituido un solemne acontecimiento, tanto por la calidad y número de espectadores que han asistido a las mismas como por la acogida triunfal que han merecido de la afición de Zaragoza.

Satisfecha la Empresa de estos éxitos, que revelan el acierto de su empeño en dar satisfacción a su público, reanudará en breve la presentación de estos espectáculos, interrumpida por las obras de reforma anteriormente indicadas, dando a conocer los mejores conjuntos artísticos que desfilan por los escenarios españoles, en la seguridad de que su esfuerzo ha de ser compensado con la asistencia y adhesión de todo Zaragoza.

No hay duda que el desenvolvimiento de este negocio en el popularísimo Monumental Cinema, aun en esta época de dificultades económicas, es prometedor y brillante por la acertada orientación dada al mismo por los nuevos arrendatarios. El Monumental Cinema, magnífico de perspectiva, de condiciones acústicas, de comodidad, a la que se ha agregado el máximo confort por las reformas emprendidas, no ha de ser en lo sucesivo un salón de espectáculos para una clase de público determinada, sino que, seleccionando películas y programas de variedades que encajen en todos los gustos, este teatro será el preferido por la clase popular y por la selecta, aunando la calidad del espectáculo con la economía del precio de la localidad, pues en ambos factores radica el secreto del éxito.

PAPA PARA LOS CHICOS

Cómo se hace la caricatura de un individuo, del cual solo se conoce el nombre y apellido.

	
LEON SIERRA	ROSA BILLAR
	
ANGEL CASAS	DOMINGO MARCUELLO

PITUSIN, PINTOR



Pitusín era una criatura encantadora, con muchos hermanitos, y como era el más pequeño, hablaba todavía con alguna dificultad, que le agradaba aún más por la dulzura con que lo decía.

Pitusín creía que la formación del mundo era tan sólo a base de tres cosas, o sea: ángeles, demonios y bombones. Pero, por encima de todo, lo que más le atraía eran los demonios. Todas las paredes y puertas de su casa estaban llenas; pero su principal manía consistía en dibujarlos con unos cuernos largos, muy largos, y unas horcas con muchas púas, y un rabo así de grande, todo retorcido.

Ahora, decídnos: ¿Qué aspecto tendrían las paredes de su casa? Aquellos diablitos le tenían obsesionado, hasta el punto de que le producían unos sueños fantásticos, de lo más espeluznante que podéis imaginaros.

Una noche soñó Pitusín que aquella

multitud de diablitos que había dibujado, de pronto tomaban vida y, acercándose junto a la cama, querían pincharle.

¡Qué horror el de Pitusín! A los gritos, todos sus hermanitos se despertaron y, sorprendidos, rodearon su lecho. Asustado con todo esto, empezó a pedir auxilio a los ángeles. Mas éstos no acudieron, porque debéis saber que siempre están más cerca de Dios que de los hombres.

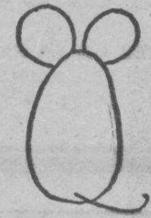
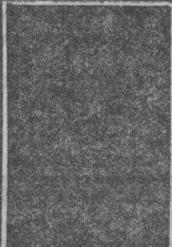
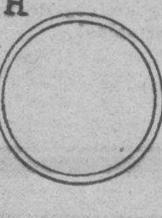
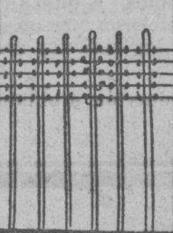
No sé qué de misterioso pudo haber en una oración que rezó, pero es lo cierto que, de pronto, por el tubo de la estufa empezaron a caer tal cantidad de bombones que de haber sido agua, podríamos decir que se trataba de una lluvia torrencial.

Pitusín no quiso ya pintar más demonios. Borró con especial cuidado todos aquéllos, con los cuales manchó paredes y puertas, y ahí le tenéis arrepentido.

Pitusín ha cerrado ya para siempre las puertas de su imaginación. En lo sucesivo sólo pensará en la realidad que le proporcionen los libros de la escuela.

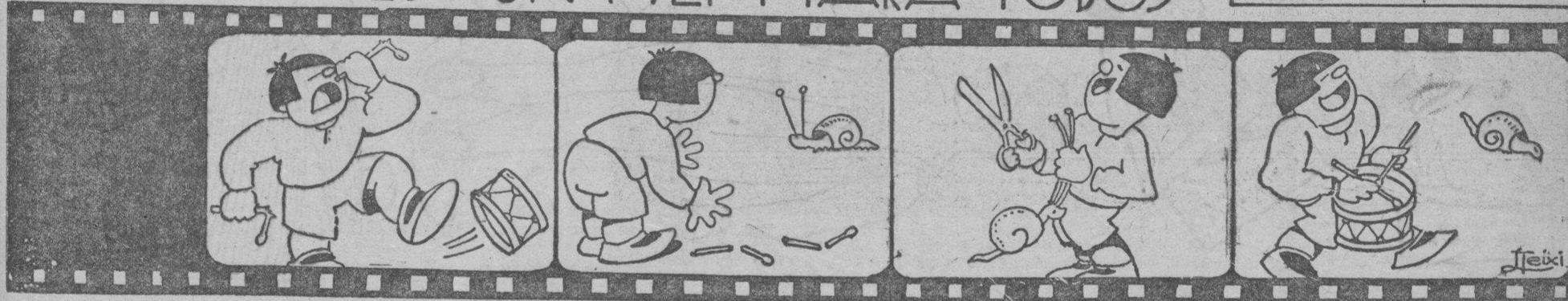


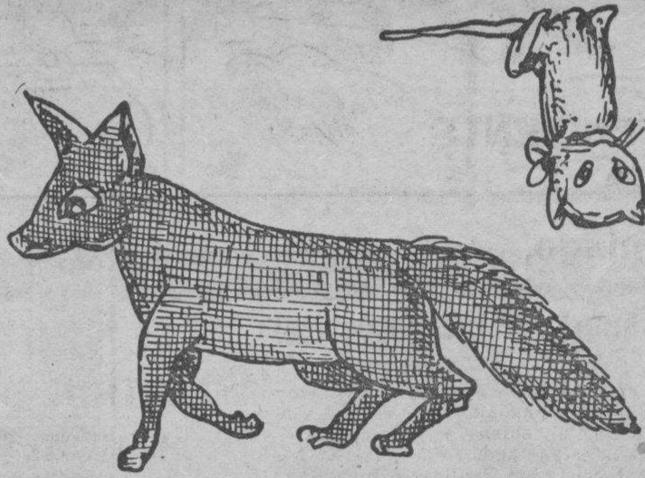
ARTE SIMPLIFICADO

						
CONCIERTO RADIADO	UN RATON VISTO DE ESPALDAS	RACION DE CALAMARES EN SU TINTA	VISTA GENERAL DE HARO	UN AUTOMOVIL AL 100 POR HORA	UN RELOJ VISTO DE CANTO	

—¿VERDAD PAPA QUE EN EL MAR, A LOS PECES ESPADA LOS HACEN GUARDIAS?

ES-UN-FILM-PARA-TODOS





VARIACIONES **MUÑECOS RECORTABLES**

Quando el niño sabe cerciorarse apenas de lo que es una revista, elige en ella la página de muñecos recortables y la arranca. Es su primer rasgo de archivador aprovechado.

Muchas veces, ante esas revistas con sus nuevos muñecos recortables, demasiado triviales, he pensado que quizá conviniese preocuparse más de esa plana esperada con ansia por el niño, y de la que han de brotar elementos plásticos, seres que echarán a andar por enmedio de la vida, trastos de los sueños de los niños, brujas gritonas y descaradas, personajes como de carne y hueso que charlarán con ellos, que les dedicarán largos recitados, que tendrán vida propia.

Generalmente esa plana de muñecos recortables repite la misma muñeca, el mismo niño con sombrero de tres picos, el mismo soldado de húsares con su traje para los días de gala y su traje para diario. Llega a resultar monótona esa página en que están los embriones de los amigos del niño, de sus héroes, de sus hermanos de leyenda.

Toda la revista es cuadro, es estampa, es la visión lejana, brumosa, a través de ciertos "Zeiss" especiales, menos esa única distancia de personas y de seres que engorran alrededor de sí mismos, de tíos, amigos y demás parientes del niño que se crearán como seres macizos, igual que el círculo crea las esferas.

Siempre he pensado en lo importante que tenía que ser divulgar en el alma del niño las primeras nociones, los primeros personajes de su imaginación, los seres extraordinarios y privilegiados de sus sueños. "De que un niño pueda o no recortar buenas figuras, fantásticas y sugerentes, depende que sea o no sea un ser vivaz, despierto, altisonante y lunático."

Sólo en un libro inglés he hallado esos seres suficientemente lejos de sí mismos, lo suficientemente alegres, independientes y mestizos de imaginación pura y realidad para ser joviales sin dejar de ser bastante pesimistas.

Pero estas ilustraciones del mundo misterioso, a la par que profundamente real, muestran cómo se entiende la variedad en el mundo.

El niño retendrá, a través de toda su vida, el recuerdo de los muñecos simpáticos, sufridos, siempre joviales y chuscos, que ni son de este mundo ni son tampoco habitantes de la Luna.

Quando este niño, que recorta todo lo que ve recortable, recorte con cuidado estos personajes de diferentes novelas de humor, se volverá un poco el Shakespeare de los muñecos recortables y también el Wells de las combinaciones y las historias divertidas en que figuran los habitantes de las estrellas.

Es la forma más simple de la ilusión esa de los muñecos recortables, y por ella debe aprender a ver el mundo el niño "bien". Estudiando los muñecos recortables, siguiendo sus contornos con las tijeras, que sus padres temerán insistentemente que desafíen—¡nunca se convencerán de que se afilan más cortando papel!—, el niño se siente un creador, y de algún modo un humorista.

Es mucho más comprensiva y mucho más cordial esta pedagogía del niño, gracias al muñeco recortable, que la que ha ensayado últimamente esa nueva muñequería de figurillas de cera, de muñecos de cera!

El mundo de los muñecos recortables es un mundo jovial, sin la pesantez de los muñecos mal formados, y, sin embargo, para el niño tiene toda su historia muy hecha, y en seguida se empotran, se ensamblan, se colocan en un cuento especial que toma vida y adquiere texto en el fondo del niño, y del que el muñeco recortable es el protagonista.

Yo amo las revistas con muñecos recortables; y así como me encuentro páginas inútiles a lo mejor, eso no lo discuto, y con las tijeras avezadas a recortar artículos, prosa en columnas o fotografías serias y transcendentales, me dedico a recortar esos muñecos ingenuos, y que alguna vez, mientras los rapaba, me dieron la clave de una novela y se hicieron personajes activos de una trama novelesca.

¡Vivan los muñecos recortables!

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Reproducción prohibida.)

